

SAN PEDRO DAMIÁN

APOLOGÍA SOBRE EL DES- PRECIO DEL MUNDO

Apologeticum de Contemptu Saeculi

SABBATISMUS

San Pedro Damían (1007–1072)
Apologeticum de Contemptu Saeculi · Apología sobre el desprecio del mundo

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

OPÚSCULO DUODÉCIMO. APOLOGÉTICO
SOBRE EL DESPRECIO DEL MUNDO. A ALBI-
ZÓN ERMITAÑO Y PEDRO MONJE

ARGUMENTO.

En este librito, deplora con toda la vehemencia de su espíritu el miserable estado de la religión en su tiempo, que cada día decae a peor por el desprecio de la disciplina monástica. Inectiva contra los monjes que, aunque profesan haber renunciado al mundo, se encuentran sin embargo enredados y atrapados en las fluctuaciones y negocios mundanos. Se queja de que entre ellos las leyes y las instituciones de los Padres no tienen ninguna autoridad, puesto que, sin temor alguno, cada uno posee y busca por doquier dinero, lo cual se les prohíbe tener por separado bajo pena del más grave sacrilegio. Exagera la ligereza e inconstancia de los mismos, porque no permanecen en la celda, como deben, sino que vagan por todas partes, de donde resulta que caen en gravísimos pecados. Detesta su soberbia y arrogancia, porque usan vestiduras ostentosas y porque son buscadores del favor popular mediante una fingida probidad. Luego describe gráficamente y pone ante los ojos las ocupaciones externas y el peso de los negocios seculares en los que se implican. Finalmente, concluye suplicándoles que, si tienen cuidado de su propia salvación, se aparten por completo del mundo y hagan manifiesto a todos que han renunciado al mundo de hecho, no solo en apariencia.

[APOLOGÉTICO SOBRE EL DESPRECIO DEL MUNDO.]

CAPÍTULO PRIMERO. Se lamenta de la decadencia de la disciplina monástica.

Sobre el desprecio de este mundo, queridísimos hermanos —a saber, Albizo, el venerable eremita, y Pedro, antes retórico del mundo, ahora filósofo de Cristo—, a menudo, como sabéis, acostumbrados a disputar con cierto celo familiar, hemos lamentado tanto nuestra propia imperfección como nos hemos quejado de algunos hermanos de esta sagrada milicia que vagan por precipicios. En efecto, este mundo se hunde diariamente en tales heces, volviéndose peor que sí mismo, que no solo toda orden de cualquier condición, ya sea secular o eclesiástica, yace derribada de su propio estado, sino que también la misma disciplina monástica, por así decirlo, completamente postrada, languidece lejos de su acostumbrada perfección de alteza. Ha perecido el pudor, se ha desvanecido la honra, ha caído la religión y, como formando un escuadrón, toda la multitud de las santas virtudes se ha alejado. Pues «todos buscan lo que es suyo» (Filipenses 2), y, despreciando el deseo celestial, codician insaciablemente la tierra. Y porque no cesan de anhelar las cosas incluso al final mismo del mundo, es como si, habiendo sido llevados a la orilla después de la alta mar, golpearan la tierra en vano con sus remos, mientras todavía se apresuran obstinadamente a navegar. Y aunque el fin del trabajo es sin duda el descanso, aquellos a

quienes se les ofrece gratuitamente un lugar de reposo, son penalmente fatigados por un superfluo afán de trabajar.

Pero sea que los hijos de este siglo se vean envueltos en la inundación fluctuante de las tempestades seculares, y ahora esparzan las semillas en las que más se deleitan, para no cosechar después los frutos que hubieran querido. Pues, ¿qué me va a mí, según el Apóstol, en juzgar a los que están en el mundo? (I Cor. V). Pero nosotros, que se dice que hemos renunciado al mundo, que nos gloriamos de haber escapado al naufragio de la marea terrenal, ¿por qué reincidimos de nuevo en ello, como absorbidos violentamente por algún vórtice? ¿Por qué, esforzándonos con pasos retrógrados, volvemos a encendernos con un deseo malamente hirviente por aquellas cosas que por amor divino despreciamos? ¿Por qué no tememos, con la importunidad de una ambición deshonesta, volver a buscar aquello que ni las leyes terrenas ni la autoridad de la ley divina nos habían prohibido poseer? Además, nosotros mismos hemos hecho que lo que justamente poseíamos ya no fuera nuestro, y que lo que era de nuestro derecho pasara y entrara en el dominio ajeno. ¿Qué consejo fue, pues, el de llevarnos a nosotros mismos a tan peligrosa contienda, que ahora sea necesario luchar contra los decretos de todas las leyes humanas y divinas, de cuya paz, ciertamente, gozábamos? Pues nosotros, en verdad, sin ser provocados en lo más mínimo, con temeridad espontánea hemos movido guerra, y

ahora no tememos contender contra las sentencias de la Sagrada Escritura.

¿Quién, pregunto, obligó a Ananías y a Safira a renunciar a sus propios bienes? (Hch. 5) Pero como cada uno de ellos retuvo una parte del dinero como para sustentar una vida supuestamente larga, no evitaron la sentencia de una muerte repentina. Y porque de ninguna manera se contentaron con vivir según la regla de los que han renunciado, fueron obligados, según el castigo de los prevaricadores, a expirar infelizmente con una muerte prematura. Y ciertamente ellos, por ser rudos y recién llegados a la fe, quizás aún no habían aprendido plenamente los preceptos evangélicos, ni los códigos sagrados de la nueva doctrina se habían difundido públicamente para el uso común; sin embargo, habiendo pecado de un modo en cierto modo simple en el mismo aprendizaje de la fe, fueron castigados, con un juicio ciertamente severo pero piadoso, creemos, solo con la muerte del cuerpo. Pero nosotros, que conocemos todos los volúmenes de la sagrada elocuencia, que tenemos ante nuestros ojos con asidua meditación las vidas y preceptos de innumerables santos Padres que existieron después de aquella edad de oro de los apóstoles, ¿qué excusa podremos presentar, qué argumento de evasión podremos encontrar ante el tribunal de Cristo? He aquí que no solo hemos dejado atrás ganancias mucho más nobles y todos los lucros terrenales, sino que también hemos profesado una renuncia perpetua a ellos no ante un hombre, sino más bien ante Dios. Si, por tanto, todavía

se guarda una moneda en nuestra bolsa, si se reserva cualquier cantidad de dinero en injuria del espectador interior, ¿qué le diremos a Él al rendir cuentas? ¿Con qué arte de defensa nos justificaremos? A esto se añade que ellos, con una fe aún vacilante, no parecían poder confiar en ningún sustento eclesiástico; sin duda porque en el mismo comienzo de la religión cristiana, las iglesias mismas aún no habían sido construidas como edificios materiales.

Pero nosotros, que vemos por todas partes de la tierra patrimonios tan grandísimos de las iglesias que cada día, mientras el mundo se contrae con posesiones disminuidas, la Iglesia se dilata abundantísimamente; si apartamos un lucro carnal como para el sustento futuro, mientras nos enriquecemos proveyendo para nuestro porvenir, demostramos estar vacíos del tesoro de la fe. 246 Sobre lo cual dice el Apóstol: «Tenemos», dice, «este tesoro en vasijas de barro (II Cor. 4)». Y cuando rompemos el pacto que hemos hecho con Cristo, debemos temer más los tormentos por la fe violada que esperar premios por nuestra conversión. Pues en el acuerdo de un pacto, que se hace entre dos, la voz de la promesa procede de ambas partes: para que, ciertamente, cualquiera de los dos que haya guardado lo convenido, reciba la medida del fruto deliberado; por el contrario, el que lo haya transgredido, incurra en la pérdida por la promesa violada.

Pero en aquel pacto que hicimos con nuestro Dios, nuestra voz fue sin duda esta: que, siguiendo a Cristo, prometimos renunciar al mundo y

a todo lo que es del mundo. La voz divina, sin embargo, respondió consecuentemente a esto: «En verdad», dice, «os digo que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Mt. 19)». Y esto, ciertamente, si guardamos los derechos de la promesa propuesta; de lo contrario, si miramos hacia atrás, pronto oímos el terrible oráculo de la amenaza divina: «Nadie», dice, «que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios (Lc. 9)». He aquí que hemos oído que a los que renuncian perfectamente no se les prometen dones cualesquiera, sino tronos, en los cuales, hechos jueces, presidirán; ellos, que en otro tiempo temieron ser juzgados por sus propios excesos. Sin duda era conveniente que se produjera este cambio de la diestra del Altísimo, para que aquellos que por amor a la perfección se hicieron pobres por Cristo, ahora enriquecidos con Él, se sienten juntos como senadores de la curia celestial, como está escrito: «Su marido es noble en las puertas, cuando se sienta con los senadores de la tierra (Prov. 31).

CAPÍTULO IV.

Que el monje no puede poseer a Cristo y al dinero al mismo tiempo.

Pero aquel que, acumulando cualesquiera cosas terrenas, vuelve a aquellas que había dejado, así como es ajeno al siglo del que decidió despo-

jarse, así tampoco es ya apto para el reino de Dios, que sin duda no quiso poseer cuando le fue ofrecido. Viajero necio, en verdad, ni puede volver a aquello de donde irrevocablemente partió, ni ha llegado a donde se había propuesto ir. Pues cuando renunciamos al mundo, establecimos que Dios fuera nuestra propiedad; y, en consecuencia, nosotros fuimos hechos propiedad suya, para que Él fuera nuestra porción y nosotros, de modo particular, su herencia. Pues decimos: «Mi porción eres tú, Señor» (Sal. 118). Y Él nos dice: «Obra de mis manos eres tú, mi herencia, Israel» (Is. 19). Pues sobre la herencia terrena está escrito: «La herencia adquirida de prisa al principio, al final carecerá de bendición» (Prov. 20). Si, por tanto, el mismo Dios omnipotente se digna ser nuestra porción, ¿qué género de riquezas, pregunto, podrá alguien adquirir que merecidamente deba acumular sobre este tesoro singular? Pues ese tesoro es de tal naturaleza que, si está solo, todas las riquezas pueden ser verdaderamente poseídas en él. Pues en el pecho de Jesús están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2). Pero si aquel que lo posee quisiera amontonar sobre él otras y extrañas riquezas, al instante desdeña por completo la compañía de una abundancia vil e innoble; e, impaciente de un compañero indigno, se pierde mientras se cree retenerlo; y de este modo se escapa volando de las manos del frustrado poseedor: «Pues nadie puede servir a Dios y a las riquezas» (Mt. 6).

Por tanto, oh monje, ¿quieres guardar a Cristo en tu cofre? Primero, echa fuera la moneda;

pues no se asocian convenientemente en un solo receptáculo; porque si encierras a ambos a la vez, tú, un poseedor vacío, encontrarás al uno sin el otro. Pues cuanto más abundante seas en las pobres ganancias del mundo, tanto más miserablemente te vacías de las verdaderas riquezas. Por tanto, si hay una moneda, que pase de inmediato a manos ajenas, para que Cristo encuentre vacío el arca de tu pecho. Pues un gran huésped busca descender a los estrechos confines de tu albergue, y por eso quiere habitar solo y sin compañeros. A Aquel a quien la vastedad del cielo y de la tierra no puede contener, ¿cómo te esfuerzas en añadirle compañeros extraños para cohabitar con Él en un exiguo rincón de tu morada? Ceda, ceda el dinero terreno, donde se admite el tesoro celestial: «¿Pues qué comunión hay entre la luz y las tinieblas?» (2 Cor. 6). ¿Qué acuerdo hay entre Dios y el mamón de la iniquidad? Sea, pues, desechado el dinero, expuesto a la herrumbre, a la polilla y a los ladrones. Esté vacía la cámara del corazón, para que pueda llenarse con la mercancía celestial: «No queráis», dice, «atesoraros tesoros en la tierra, donde la herrumbre y la polilla los destruyen, y donde los ladrones los desentierran y los roban» (Mt. 6).

Pues el dinero es más peligroso para el alma cuando se adquiere que cuando se posee como algo que abunda por sí mismo. En este último caso, ciertamente, hay una posesión justa a la manera terrenal, pero en el primero, a menudo reina una ambición funesta. Por lo tanto, habría sido más saludable poseer lo que se tiene con ánimo tran-

quilo, que volver a buscar lo desechado no sin cierta ansiedad de rencor solícito. Avergüénzate, pues, oh soldado de Cristo, de enriquecerte en este siglo con bienes perecederos, no sea que en el futuro te veas forzado, desnudo y desvalido, a mendigar perpetuamente. Pues has jurado por las armas de una milicia tal, que busca guerreros desnudos y ágiles; pero a los que están cargados y son perezosos en Dios, los mantiene alejados de las guardias del campamento, exentos de la recompensa. Esa milicia renuncia al que está sobrecargado con bagajes, y merecidamente lo sustituye, vergonzosamente y antes de tiempo, por el que está expedito. No está permitido allí que cuelguen las bolsas de dinero, donde solo se ven las vainas de las armas vibrantes. Es decir, en la línea de batalla, no se sirve con seguridad al inerte dinero, donde se combate con lucha asidua en apretadas formaciones. No cuenta con seguridad la suma de sus sólidos aquel que, rodeado por una multitud de enemigos, espera incesantemente los proyectiles de las armas. Pues a menudo, en tales circunstancias, mientras se sopesa un talento de cualquier metal, una flecha imprevista, viniendo de un enemigo oculto, se clava en el estómago del que lo pesa; y así sucede que aquel que parecía no poder bastarse a sí mismo sin el apoyo de su patrimonio familiar, ahora lamenta haber perdido irremediablemente, por un repentino infortunio, a sí mismo y a sus bienes; y el que desdeñó vivir pobre con Cristo en libertad, se ve obligado, rico sin Él pero esclavo del dinero, a perecer condenadamente. Escucha lo que la voz

divina promete a los ricos: «Ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo (Lucas 16)». Y que no se te pase esto que dice Santiago: «Ay de vosotros, los ricos; vuestras riquezas están podridas, vuestras vestiduras han sido comidas por la polilla, vuestro oro y vuestra plata se han enmohecido, y su moho será un testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como el fuego (Santiago 3)».

¿Has oído, te ruego, oh numícola (nummicola) y monje, qué te produce el ardor de la avaricia? ¿Has oído a qué fin conduce el dinero acumulado? Pues es justo que aquel cuya mente arde ahora de deseo en el amor de la carne, después también su misma carne sea quemada en el castigo. Ahora el horno de la mente se enciende con el invisible ardor de la concupiscencia; es digno que entonces también la carne se alimente inextinguiblemente de la llama del fuego material. Escucha aún, numícola: que te llame numícola, tomo el vocablo de la cualidad de tu obra, no usurpo un nombre para injuriarte; pues tú veneras las monedas, tú que amas el dinero. Y como el Señor dice por el Profeta: «Estad quietos y ved que yo soy el Señor» (Sal. XLV); el culto de la quietud que debías a Dios, lo ofreces a las monedas, en cuya custodia te ocupas. «Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón» (Mat. VI). Por lo cual, así como el que venera a Cristo es llamado con justicia cristícola (Christicola), así también el que sirve a las monedas guardándolas, no sin razón es llamado numícola. Pero quizás todavía se me juzgue seguir el arbitrio de mi propio corazón, si

no afirmo la etimología de este nombre con testimonios de la Sagrada Escritura. Pues la misma Verdad dice: «No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mat. VI), como si dijera abiertamente: Nadie puede venerar a Dios y al dinero a la vez. Lo que el Apóstol declara más manifiestamente, cuando dice: «Pero sabed esto, entendiendo que ningún fornicador, o impuro, o avaro, que es un servidor de ídolos, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios» (Efes. V). Así pues, al enumerar simplemente tantos crímenes, mientras que afirma que solo la avaricia es servidumbre de los ídolos, enseña con más claridad que la luz que el avaro no es un adorador de Dios, sino de las monedas, y por ello de los demonios.

Pero mientras me detengo demasiado en exponer el nombre de «numícola», aparto la mano de mi disputación, o más bien, de mi disipación, de derramar este montón de monedas. Así pues, habiéndote dado satisfacción sobre tu propio nombre, oh numícola, escucha ahora atentamente lo que iba a decir. Escucha, pues, lo que la Verdad dice de ti y de tus semejantes: «Difícilmente», dice, «los que tienen riquezas entrarán en el reino de los cielos» (Mat. XIX). Y esta sentencia ciertamente se refiere a aquellos que poseen riquezas según la costumbre del mundo; en cuanto a los que, habiendo rechazado todo, han vuelto a recaer en su vómito, si no se arrepienten, no pueden merecer el reino de los cielos con ninguna confianza, ni siquiera con dificultad.

Pero de este número de numícolas, quizás no faltará algún exaltado que me responda a

esto: '¿Por qué me atacas tan mordazmente por mis riquezas, a mí, a quien ves, contento con una suma muy exigua, que apenas tengo unos pocos óbolos?' 'Y aunque consiento en esto por mi propia fragilidad, solo proveo para aliviar la necesidad futura; no busco abundar en riquezas.' 'Pues, con el testimonio de toda la comunidad de mi fraternidad, desde el hilo de la trama hasta la correa de la sandalia, nada recibo de los bienes de mi monasterio: y si me despojo por completo de mis pocas y cualesquiera cosillas, ¿cómo vivo?' He aquí que nuestro propietario, o mejor, como antes, nuestro numícola, se sirve del patrocinio de la pobreza para parecer él mismo irrepreensiblemente rico; ¿y con qué afeites de argumentos disimula este vicio mortal, para que en cierto modo un sepulcro lleno de fétidos cadáveres resplandezca con la blancura de la cal que lo recubre?

Vamos, hermano, si te hubiera sido lícito esperar algún beneficio de los gastos del monasterio, ¿acaso no se te darían vestidos para que te los pusieras tan pronto como se ofrecieran, y no ganancias de dinero para guardarlas al servicio de tus arcas? ¿Por qué no usas del mismo atajo también en aquellas cosas que son conferidas por extraños? A saber, que una vez recibido cualquier don, se comprenden inmediatamente las cosas necesarias, y el veneno del dinero no se demore contigo? Pues de este modo, se adelanta un rápido consuelo a tu indigencia, y la lepra del dinero no te salpica con sus fétidas manchas. ¿Por qué, pues, te aplaudes como si estuvieras seguro por la exigüidad de tu dinero, tú que no dudas que tanto

el cobre como el as te están prohibidos? A quien, en efecto, se le prohíbe la totalidad de cualquier cosa, no obtiene un refugio de excusa en las minucias; y a quien se le ha cedido el todo, sin duda no le ha quedado una parte; máxime cuando esta es la naturaleza de la mente humana, que así se ocupa de las cosas más pequeñas, si está necesitada, como de las grandes, si es rica. Pues ya sea que nades en una suntuosa inundación de riquezas, o que te oprima la más tenue estrechez de los asuntos familiares, aquella sentencia no puede cambiarse: «Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón» (Mat. VI). Creso y Amiclas, poseedores ciertamente de cosas diversas, no muestran sin embargo voluntades diversas acerca de aquello de lo que disfrutan. Pues aunque aquel mida piezas de oro y este cuente sus miles, son afligidos por una cantidad discreta de bienes, pero están sujetos por un amor no disímil hacia aquellas cosas que a cada uno individualmente le corresponden. Además, si un ratoncillo, o cualquier reptil, cayera por casualidad en la más espaciosa de las cubas, ¿no se corre al instante de acá y de allá con hachas, no se derrama todo lo que había en ella, y, carraspeando todos, no se siente náuseas con el estómago amenazando vomitar? Si una finísima gota de veneno se difunde en una ancha olla de verduras, ¿no se juzga todo el manjar, por más apetitoso que sea, completamente abominable?

Si, por tanto, males muy pequeños corrompen muy a menudo los bienes más grandes, ¿de qué modo te jactas de una conciencia aduladora,

porque es mínimo lo que posees en propiedad privada contra el propósito de tu profesión? Pues según el Apóstol: «Un poco de levadura corrompe toda la masa» (I Cor. V). Y en otro lugar: «Quien desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá» (Ecli. X). Pues nuestros primeros padres no se entregaron a la crápula en frecuentes banquetes de aquel fruto prohibido (Gén. III), sino que se lee que fueron corrompidos por una sola e infausta ingestión del mismo; pero no por ello se vieron perplejos por el castigo de una pena momentánea, porque no persistieron más tiempo como transgresores en su culpa.

CAPÍTULO VIII.

De qué manera el monje puede alcanzar las verdaderas riquezas.

Por tanto, hermano, quienquiera que seas, si te deleita adquirir provisiones con las que puedas hacer frente a la pobreza futura, busca prudentemente las verdaderas riquezas y teme la indigencia de la verdadera pobreza. Pues, en consideración de aquella pobreza, esta pobreza se desprecia muy fácilmente; en comparación con aquellas riquezas, toda abundancia de sustancia terrena se desprecia como el alga de la orilla, que es pisoteada. Por lo tanto, si verdaderamente te esfuerzas por escapar de la indigencia de aquella tediosísima pobreza, esfuérzate por sudar en la siembra de los mejores frutos en el campo de tu corazón. Pues, según el testimonio del Apóstol: «Quien siembra en el espíritu, del espíritu segará

la vida eterna (Gál. 6)». Y de nuevo: «No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos (Ibíd.)». Oculta aquel sumo y único grano en los novales de tu mente: el cual, cayendo en tierra, murió y dio mucho fruto (Jn. 12). Que este sea tu tesoro, que este sea para ti la abundancia de toda clase de frutos. En él establece el fin de tu adquirir, en él pon toda tu confianza para ambas vidas. Porque el Señor es Señor de todos, y es rico para con todos los que le invocan (Rom. 10).

En verdad, si te esfuerzas por guardar aquel grano con el debido cuidado, verás las despenzas de tu bodega interior abundar en talentos de oro, plata y de todas las riquezas. Verás también tus graneros rebosar incomparablemente con una nueva cosecha. Por tanto, cultiva aquel tesoro constantemente con cuidadosa solicitud; mantén vigiliias nocturnas y diurnas a su alrededor con vigilante asiduidad. Pues en esa única cosa serás rico en todo, y no podrás carecer de la abundancia de las cosas que te son necesarias. Ciertamente, en él poseerás el oro de la sabiduría divina, la plata de la elocuencia edificante. En él, los diversos mantos de una vida decorosa y honesta, a saber, la escarlata teñida dos veces de la doble caridad, la túnica de la nítida castidad. En él, el lino fino de la paciencia, el velo color de llama del temor divino, la púrpura de la dignidad regia. Pues así como la lana se tiñe con la sangre del múrice para convertirse en color púrpura, quien preside de tal modo en el trono del recto juicio que se apresura a mortificar todas las

seducciones de su carne y la barbarie de los vicios con un mandato violento, este no sin razón es llamado rey y se viste con el decoro de la púrpura espiritual. En él, la vestidura de dos capas de la esperanza siempre verde, llamado, por supuesto, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos (1 Pe. 1). En él tendrás el anillo de la fe, los brazaletes de la obra perfecta en la vida activa, y también las pulseras de la contemplación especulativa. «Porque su izquierda está debajo de tu cabeza, y su derecha te abrazará (Cant. 2)».

¿Y qué más te prometeré? ¿puesto que en él gozarás de las gemas de todas las virtudes, de las perlas de todos los carismas? Ni te faltarán rebaños de todos los animales, limpios e inmundos, que pasarán bajo la vara de tu disciplina. Ciertamente, los rebaños inmundos de los vicios serán domados bajo el mando de tu autoridad; pero los limpios engordarán el vientre de tu hombre interior con los manjares de un dulcísimo refrigerio. La grey del vellón ovino, cuidada con más delicadeza, proveerá el alimento de la dulce inocencia para tus manjares. Las carnes de las aves domésticas cebadas no cesarán de aumentar en ti la grosura del amor divino. Todos los géneros de aves prepararán más suntuosamente un banquete espiritual sobre la mesa de tu mente; pero la cerviz taurina de la soberbia, sometida a tu dominio, gemirá bajo el yugo. La libertad desenfrenada de la lujuria equina, bajo tu mando, morderá insaciablemente el hierro de la boca embridada. Todas las bestias de los vicios, todos los

monstruos de los reptiles, temblando, temerán el mandato de tu dominio. Y ciertamente, todas estas cosas en esta vida pasarán a ser voluntariamente tu propiedad privada, si te has esforzado por custodiar con cautela aquel precioso y singular tesoro que hemos mencionado antes.

Por lo demás, cuán grandes y mejores cosas te serán dadas en aquella vida de verdadera bienaventuranza, no está, lo confieso, en nuestras fuerzas discutirlo, ni en nuestra capacidad desarrollarlo. Baste referir esto solo para una conclusión resumida de un asunto inexplicable, que esto recibirán los que han dejado perfectamente el mundo: «Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido en corazón de hombre, es lo que Dios ha preparado para los que le aman (1 Cor. 2)».

Por tanto, este tesoro —a saber, Cristo, nuestro Dios y Señor, que se hizo para nosotros redentor y precio, él mismo el que promete y el premio, que es tanto la vida de los hombres como la perennidad de los ángeles—, este tesoro, digo, guárdalo con diligente cuidado en la cámara de tu pecho. Arroja sobre él toda solicitud por cualquier necesidad. Deléitate en él mediante el coloquio de la oración asidua. Recréate en él con los festines vigilantes de los santos pensamientos. Que él sea tu alimento, y asimismo tu vestido. Pero si sucediera que necesitas también de alguna comodidad exterior, no dudes en absoluto, ni desconfíes de su fiel promesa, con la que se compromete, diciendo: «Buscad primero el reino de Dios, y todas estas cosas se os darán por añadidura (Mt. 6)». Pues el que mandó que de aquella seca peña

de metal fluyeran abundantes ríos de agua para las sedientas huestes del pueblo de Israel (Éx. 17), el que pudo administrar el maná celestial a los hambrientos durante largos períodos de tiempo, el que ordenó que una innumerable multitud de codornices descendiera al campamento de los que murmuraban, ¿no podrá proveer lo necesario a un hombrecillo que insiste constantemente en su servicio? Y el que durante el transcurso de unos cuarenta años conservó ilesas las vestiduras de aquella infinita multitud, ¿le es difícil a él prepararte nuevos despojos cuando los viejos están gastados? Nosotros, ciertamente, nosotros de poca fe, obligamos a Cristo a ser tacaño. Ciertamente, la desconfianza de los pusilánimes hace pobre a Cristo; pero la fe plena lo experimenta como rico y generoso en dar. Ocúpate solamente en ejercitarte en aquellas cosas que él mandó, y que no quede en absoluto ninguna duda sobre las que prometió. Esté seguro el cobrador donde el deudor está pronto a pagar. Se desconfía sin causa donde el que promete es aquel que nunca miente. El acreedor camina seguro cuando la simple verdad está obligada por la promesa.

Hemos considerado oportuno tratar brevemente en compendio estas cuestiones sobre los monjes que poseen propiedades; pero ahora traslademos el punto de nuestra disertación a aquellos que se deleitan asiduamente en montar a caballo.

CAPÍTULO IX.

De los monjes que vagan asiduamente.

Ni creo que haya podido borrarse de vuestra memoria, carísimos hermanos, que muy a menudo nos hemos dolido en concorde familiaridad entre nosotros por esta perniciosa conducta de los monjes: y nos hemos compadecido con afecto de caridad fraterna por los hermanos inquietos que perecen por el vicio de la vagancia. Pues hay algunos que, mientras servían en la milicia del siglo, se cansaron de correr de acá para allá bajo el yugo de la servidumbre humana, hasta el punto de que decidieron, por amor a la libertad, pasar al ocio monástico; ahora, sin embargo, están tan inflamados por el ardor de una inquietud pestífera que, si alguna vez no se presenta una ocasión que les dicte ir más lejos, les parece estar encerrados en el tenebroso horror de la custodia de una cárcel: lo cual, sin duda, no se ignora que sucede por la astucia del antiguo enemigo. Pues a aquellos a quienes el malvadísimo jinete todavía monta, por eso los acucia con las incesantes espuelas del vagar, para que ellos mismos, volviendo a la vanidad del siglo, perezcan, y aparten a otros de emprender el camino de la verdadera salvación. Pues hay muchísimos constituidos en el hábito secular que, si no se refugian en este puerto de la institución monástica, con Cristo como guía, desconfían por completo de poder salvarse de otro modo en aquellas procelosas olas del mar mundano.

CAPÍTULO X.

Qué dicen los laicos sobre los monjes seculares.

Pero cuando contemplan a aquellos que recientemente, con gran fervor, habían despreciado todas las cosas del mundo, ser ahora ávidamente arrastrados de vuelta al torbellino de los negocios seculares y revolcarse en la hez cenagosa del mismo lodazal del que habían escapado, el estu-
por surge en quienes los admiran, un suspiro se extrae de lo más profundo de sus entrañas y la desesperación se genera en sus mentes. Pues cada uno deposita en sí mismo una queja de este tipo, diciendo: ¡Ay, ay! ¿Dónde he puesto la esperanza de mi propia salvación? ¿Por qué, pues, decidí pasar a aquella orden con peligro de mi propia cabeza? En un breve instante, por poco perdí a la vez cuerpo y alma. Casi me arrojé al fuego con los ojos abiertos y por mi propia voluntad. Pues, ¿quién alguna vez buscó el monasterio con más fervor que él? ¿Quién, según parecía, se apresuró a la milicia de Cristo con más animosa constancia? Pero ahora, olvidado de todo lo que prometió, se ocupa continuamente en negocios terrenos, trata con el siglo, respira el siglo: y aquel a quien el hábito de la mortificación hace diferente de mí, vive conmigo en el mundo de manera no muy distinta. Claramente, como es evidente, el cuerpo pudo cambiar su apariencia exterior, pero la mente permaneció malamente fija en el estado en que había estado. ¿Por qué he de acusar a los instigadores de su conversión? Ciertamente, en los asuntos bélicos solamente he perdido a un camarada, pero en los demás actos terrenos no he perdido a un socio. Conmigo, ciertamente, agita litigios forenses; conmigo no cesa de perorar en

los tribunales de los jueces; conmigo, importuno, penetra en los atrios de los príncipes; conmigo, al mismo tiempo, instila en sus oídos consejos de terrena profundidad.

Pero ¿con qué temeridad me atrevo a llamarlo socio, a quien ya habitualmente sigo no como a un socio, sino en todo como un sirviente, apenas como un precursor? Ciertamente, tanta gloria obtiene del pueblo por su conversión que todos se levantan a su llegada, creen cualquier cosa que presente como si fuera un oráculo de profecía, y le muestran reverentemente el obsequio de la devoción. Pero, evidentemente, en lo que a la carne se refiere, no se cree que su conversión haya sido infructuosa; porque quien no depuso el hábito secular con la mente, como un astuto negociante, ha adquirido más plenamente la pompa secular.

Así pues, mientras los detractores vierten estas y similares murmuraciones, ¿quién puede ser capaz de enumerar para cuántos la deambulación de los monjes por el mundo es ocasión de perdición? Pues más fácilmente deciden perecer incluso en el hábito secular que, siguiendo los ejemplos de los perdidos, perder a la vez ambos mundos, como dicen. Y en verdad, no es de extrañar si para quienes lo ven nace este escándalo, que se demuestra contrario tanto a Dios como a la sagrada autoridad. Pues dice el Apóstol: «Nadie que milita para Dios se enreda en los negocios seculares, para agradar a aquel por quien se alistó (II Tim. II).» Y el mismo Señor amonesta a sus discípulos, diciendo: «Guardaos de que vuestros corazones se emboten por la crápula, la embria-

guez y las preocupaciones de esta vida (Luc. XXI).»

CAPÍTULO XI.

Que el vagabundeo del monje expulsa las virtudes e introduce una multitud de vicios.

Pues de esta raíz envenenada de la inquietud nacen tantos vástagos de vicios, que en quienquiera que se conoce que prospera, es despojado de todo fruto de perfección monástica, como un árbol seco. Y así como los higos verdes expuestos a los vientos no pueden permanecer, así en él no pueden permanecer los frutos de las buenas obras, soplando de aquí y de allá las diversas tentaciones del mundo. Pues este vicio es de tal violencia que, una vez que se ha arrogado el dominio en el pecho de un monje, pronto, en su mayor parte, el coro de las virtudes, si está presente, se aleja; y no pocos monstruos de vicios irrumpen como en una cárcel de su propio derecho. Pues, por mencionar pocas cosas de muchas, el monje en camino no puede guardar el ayuno, porque la hospitalidad no se lo permite; no salmodia con sabiduría, porque la locuacidad de la compañía que lo acompaña se lo impide; no insiste en las vigiliass nocturnas, porque falta el secreto de la soledad; no se afana en doblar las rodillas, porque el trabajo del viaje no concuerda con el estudio de la santa devoción; de ninguna manera se ve constreñido por la censura del silencio, porque, surgiendo causas frecuentes, incluso contra su voluntad se desenfrena en la prolijidad.

¿Qué diré, que apenas tiene tiempo para la lectura o la oración, a quien una necesidad inminente más bien le dicta salir de sí mismo y tratar toda clase de asuntos terrenos? La caridad en él disminuye, porque la mente, que recibe tantos vientos de acciones seculares, se entibia del fervor del amor íntimo. También la castidad de la mente sufre su propio menoscabo, porque a veces la mente es traspasada por el dardo de la concupiscencia a través de la apariencia de la carne, que contempla exteriormente. También se quiebra la fortaleza de la paciencia, porque mientras emprende cualquier cosa, a menudo le salen al paso casos repentinos en contra de su deseo, y quien se apresuraba a resolver su asunto, no lo soporta con ecuanimidad: y entonces, por impaciencia, profiere tales palabras que, cuando vuelve al ocio, castiga gravemente con lágrimas vengadoras. La regla de la sobriedad no se observa, porque mientras se prepara el aparato de un banquete con manjares más exquisitos, mientras se exhibe la diligencia del oficio hospitalario, como considera inhumano no condescender a las súplicas de quienes lo invitan, se deleita también en consentir suavemente al vientre bajo la apariencia de caridad. En este punto, ciertamente, a menudo surge la duda en la mente del siervo de Dios, no sea que, donde se atiende a la sobriedad, se sirva también a la hipocresía (que es un vicio abominable). De ahí que entre algunos se desprecie por completo la medida de la sobriedad, para que la marca de la hipocresía también parezca estar lejos. Pero de este modo, en aquello que

se cree hacer con discreción, no se mantiene la discreción. Pues sabe discernir rectamente quien sabe separar la virtud del vicio; pero quien arranca el trigo junto con la cizaña, este sin duda ignora la fuerza de la discreción. Quienquiera, pues, que con la sola mira de la remuneración celestial no excede el límite de la sobriedad, pisotea la hipocresía bajo los pies de su humildad y espera sin dudar la recompensa por la sobriedad guardada.

Mas para decir algo más sobre el monje vagabundo, no tiene la compunción de las lágrimas con que llorar sus pecados; porque la mente árida, que camina por el ardor de la conversación terrena, mientras no merece ser rociada con el rocío del Espíritu Santo, se reseca: y llena del cieno de los pensamientos terrenos, como no concibe interiormente el agua de la cabeza que la gracia otorga, no derrama fuera de sí lágrima alguna. Quizás a veces predica a los oyentes que lo rodean, pero de repente se introduce la vanagloria y, saliendo como de una emboscada, mata a aquel que curaba a otros. Pero si, precaviéndose también de esto, se constriñe bajo la censura del silencio, se avergüenza de no poder llevar a cabo nada de aquello por lo que había venido. Si guarda la apariencia de una grave solemnidad, como es digno, teme grandemente no sea que también aquí, como simulador, incurra en la nota de hipocresía. Pero si del rigor de su mortificación se relaja en lo más mínimo hacia la lenidad, aquí está mucho menos seguro, no sea que con su ejemplo destruya a otros. Si alguna vez entre los que disienten quiere, como mediador de paz, res-

taurar la concordia, si persigue estrictamente la verdad, no se forja entre ellos la unidad de la reconciliación; pero si consiente en usar mentiras, no escapa a los lazos del pecado. Cuando quiere reprender a los pecadores, considera que no es culpa pequeña concitar contra sí el odio de tantos prójimos suyos. Pero ver y callar, ¿qué otra cosa juzga que es, sino consentir a los que obran mal? Y esto se dice de aquellos que se calientan con una chispa, por pequeña que sea, del fervor celestial. En cuanto a los tibios, que, despreciados los campamentos de la milicia divina, son devueltos por un funesto retorno a la muela del vértigo mundano, cuán judicialmente actúan, cuán inconsideradamente viven, que lo refieran quienes quieran. A nosotros nos parece más prudente llorarlos con piadosa compasión que escribir los hechos de su execrable conversación, no sea que a aquellos a quienes solo debemos dedicar lágrimas de compasión, se nos vea denigrarlos con escritos censorios.

CAPÍTULO XII.

Qué males padece el alma infeliz del monje cuando vuelve a las cosas inferiores.

Pero decimos esto absolutamente, que en este tiempo aquel mundo se ha vuelto tan denso con las trampas de la insidia, que cualquiera que desee vivir inocentemente en esta sagrada orden, debe con suma cautela procurar abstenerse de su proceder: a saber, si recorre a menudo su camino, no escapa de los lazos preparados de la insidia;

y como un árbol despojado de la defensa de su corteza protectora, no podrá ni dar los frutos de las virtudes ni evitar la podredumbre de los vicios que brotan como por rozamiento. Pero cuando regresa a los claustros de su propia morada, le acompaña de cerca una especie de turba apiñada de todo lo que había visto u oído, de modo que el estrépito de los negocios tumultuosos, que allí toleraba en el cuerpo, lo padece aquí en la mente con mucha más insistencia y mucha más importunidad; especialmente si comienza a dedicarse con más ahínco a la oración, he aquí los fantasmas de los pensamientos, he aquí las imágenes de las cosas que había visto, de tal modo que, situado en cualquier rincón, le parece estar presente en juegos teatrales o sentado entre quienes debaten un litigio forense. Y ciertamente el hombre se resiste, e intenta ahuyentar, como si fueran moscas revoloteando, de la boca de su mente. Pero tan pronto como se alejan, regresan al instante; en cuanto son repelidas, están presentes: de modo que, como si persiguieran a su fugitivo, se esfuerzan por capturarlo y llamarlo de nuevo a los ejercicios de su propia servidumbre. Entonces el alma infeliz aprende cuánto le ha costado haberse relajado vanamente por la vastedad del mundo. Pues se consume, seca, oscura, pétrea; pues, endurecida a modo de piedra, no puede ni prorrumpir en torrentes de lágrimas, ni, rodeada por todas partes de tinieblas, puede ver la luz. Intenta, ciertamente, atender a los misterios de los Salmos, pero es rechazada por la luz intolerable como con ojos legañosos. Anhela con la fuerza que puede

para luchar por las cosas más altas, pero, agobiada por un cierto peso propio, se ve obligada, humillada, a yacer en lo más bajo. A la cual se aplica no sin acierto aquella sentencia profética: «Me ha colocado en lugares tenebrosos, como a los muertos de antaño. Ha edificado un muro a mi alrededor para que no pueda salir, ha agravado mis grilletes. Y aun cuando he clamado y rogado, ha excluido mi oración (Lamentaciones III)». Se aflige, se angustia, jadea; y porque no se le permite llorar ni siquiera por esta su propia miseria, se turba, llena de una amargura de dolor más aguda. Si al menos se le concediera derramar esta voz de llanto con el profeta, donde se dice: «Por eso, dice, yo lloro, y mi ojo vierte agua; porque se ha alejado de mí el consolador que reanima mi alma (Lamentaciones I)». Pero aquella alma infeliz, al verse a sí misma digna de llanto y sin embargo no poder llorar, contempla desde lejos, como si hubiera caído en un cierto lago de miseria, cuán lejos está de la salvación. Pues, siendo el llanto el único camino por el que un pecador puede llegar al perdón, por tanto, como aquella alma no puede lamentar su culpa, le parece que ni siquiera ha puesto un pie en el camino por el que podría alcanzar el perdón.

Similar a esto es lo que dice el Profeta en la persona de los imperfectos: «Mi alma ha anhelado desear tus justificaciones en todo tiempo (Salmo CXVIII)». Pues quien todavía no desea en todo tiempo la ley de Dios, que es sin duda su justificación, sino que ya anhela desearla, ya la mira de algún modo desde lejos, pero de ninguna

manera asciende a las alturas de la perfección. Por lo tanto, se produce en la mente miserable una confusión tan tenebrosa que, a dondequiera que se vuelva, se ve a sí misma envuelta en el mundo, aunque reconoce sin duda que el mundo está sin ella. Así pues, está con aquello con lo que no está; porque, a saber, representa en su mente, mediante imaginaciones fantásticas, el mundo que ha abandonado con su partida corporal. En verdad, esta calamidad en la mente humana es a la vez pecado y castigo del pecado. Pues es justo que lo que cada uno admitió voluntariamente, lo padezca contra su voluntad. A saber, para que quien no quiso contenerse en el secreto de su orden cuando pudo, de ninguna manera pudiera carecer del mundo aun cuando lo dejó.

La mente humana, por tanto, constreñida por la necesidad de tan gran indigencia y penuria, se duele, gime y exhala un suspiro desde lo más profundo de sus entrañas; porque, a saber, ha perdido la pureza de su retiro por el vicio de la divagación, y se ha revolcado de nuevo en el fango del mundo como una cerda en el lodo (Proverbios XXVI; II Pedro II). Entonces se reprocha mordazmente su ligereza e inconstancia; se acusa vehementemente de ser errante y falaz, y prueba verazmente que el juicio de Dios es recto y se atiene a las leyes de la equidad, diciendo con el profeta: «Bueno es el Señor para los que en él esperan, para el alma que lo busca. Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor. Bueno es para el hombre haber llevado el yugo desde su juventud: se sentará solo y callará, porque se

ha elevado sobre sí mismo (Lamentaciones III)». Pues aquella que, si amara las cosas secretas, se regocijaría elevada sobre sí misma, ahora se aflige porque, al salir a lo público, se ve yacer postrada por debajo de sí misma.

CAPÍTULO XIII.

Que aquel que sale fuera, es forzado a comunicarse con los excomulgados.

Hay también otra razón que, aun si faltaran impedimentos, por sí sola podría bastar para reprimir a los monjes de su vagar por el mundo. Pues, ¿quién en este tiempo podría encontrar una reunión de seculares, cualquiera que sea, donde no haya alguien de tal clase que, por la expiación de su delito, deba sufrir el juicio de la excomunión? Pues ya hace tiempo que todos los crímenes han surgido comúnmente por el mundo, todos los males de la maldad ahora prosperan, y tanto más difusamente se expanden cada día al multiplicarse, cuanto más se acerca el fin del mundo. Por lo cual, es imposible para un monje que sale a lo público no ser forzado a comunicarse, ya sea con los excomulgados, ya sea con los que han de ser excomulgados, lo cual es casi lo mismo. Pues habla con homicidas, con perjuros, con incestuosos, con incendiarios, con adúlteros; con los cuales, aunque los aborrezca, sin embargo, a menudo se une con un beso, e incluso come con ellos en una mesa común, según la necesidad lo imponga, cuando por el contrario el Apóstol clama: «Si el que se llama hermano es fornicario,

o impuro, o borracho, o ladrón, con tal persona ni siquiera comáis (I Cor. V).»

Y ciertamente es bastante temible, y sumamente contrario, tener consorcio con aquellos que están separados de Dios, especialmente para los monjes, que están tan unidos a Dios por una cierta familiaridad especial y, por así decirlo, doméstica, que, habiendo renunciado al mundo, están irrevocablemente destinados solo a los oficios divinos. Pues así como se debe apartar de la misma cabeza de los réprobos, así también de sus miembros, a no ser que la causa de la conversión lo exija. En efecto, una misma repulsa de abominación se debe aquí a aquellos para quienes allí se prepara un único fuego, como atestigua la Verdad, cuando se dice a los puestos a la izquierda: «Id, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV).» Por tanto, a aquellos que vemos dirigirse a otra patria, no debemos unirnos a ellos en el camino con el pegamento de una sociedad nociva, no sea que la pena de la venganza final envuelva también a aquellos a quienes un amor desordenado asocia.

CAPÍTULO XIV.

Que así como de los excomulgados, también de los que han de ser excomulgados conviene apartarse.

En verdad, para que se manifieste más claramente cuánto daña a los buenos la compañía de los malvados, podemos colegirlo por esta clara razón: a saber, que unos de ellos han sido recientemente excomulgados por sentencia sacerdotal,

mientras que otros solamente han de ser privados de la comunión por el juicio canónico de los santos Padres. Pero respecto a aquellos que han sido recientemente excomulgados, a nadie le cabe duda de que todo aquel que participa con ellos recibe una sentencia de condenación similar. Pero respecto a aquellos que, por los crímenes cometidos, han de ser ciertamente condenados por la autoridad canónica, pero que todavía no parecen haber sido apartados de la unidad eclesiástica por las voces vivas de los sacerdotes, algunos debaten si su compañía puede ser admitida sin peligro; pero si sopesamos el asunto con más cuidadosa sutileza, encontramos que casi no hay ninguna diferencia entre ellos. Pues ya sea que alguien sea condenado con justicia por los Padres modernos o por los antiguos, es lo mismo: ni la diversidad de los tiempos absuelve a quien la misma causa del crimen perpetrado obliga, y la variedad de las épocas no perjudica el cálculo judicial, donde una única regla de aquilatada equidad dicta la sentencia.

Pero lo que queremos probar, lo mostraremos mejor si exponemos las mismas palabras de los Padres que excomulgan, es decir, tanto de los antiguos como de los nuevos. Pues los sagrados cánones dicen: «Quien haya hecho esto o aquello, sea excomulgado». También los pontífices modernos, al lanzar la sentencia de excomunión, pronuncian casi las mismas palabras, diciendo: «Aquel que haya hecho estas cosas, sea excomulgado». Por tanto, de aquellos cuyas palabras son las mismas, la sentencia debe entenderse

que no es menos la misma; y como todo juicio de los santos pontífices presentes depende de las definiciones de los antiguos Padres, estos últimos no presumen condenar a nadie sino a aquellos que saben que ya han sido condenados por los primeros. Por lo tanto, estos últimos no condenan a nadie de nuevo, sino que, al seguirla, confirman la sentencia ya pronunciada por sus antepasados. Se debe concluir, por tanto (véanse los escolios al final del opúsculo), que así como hay que guardarse de aquellos a quienes los modernos concilios de los sínodos apartan de la sociedad eclesiástica, así también, no menos, hay que apartarse de aquellos a quienes los antiguos Padres decretan que han de ser eliminados.

Así pues, esta no es una causa menor que debe apartar al monje de las idas y venidas del siglo y hacerlo estable en el rincón de su retiro; porque es muy miserable ser refrenado, ciertamente, de los propios excesos, pero ser manchado por las máculas de la culpa ajena, sin delinquir con otros, y soportar los suplicios del delito ajeno. Pues cuando nos unimos incautamente en amistad con los malvados, somos atados por sus culpas. Por lo cual Josafat, que es exaltado con tantos elogios por su vida pasada, fue reprendido, a punto de perecer, por su amistad con el rey Acab, a quien el Señor le dice por medio del profeta: «Prestas auxilio al impío y te unes en amistad con los que odian al Señor, y por eso merecías la ira del Señor; pero se han hallado en ti buenas obras, porque has quitado los bosques sagrados de la tierra de Judá (II Par. XIX)». Pues nuestra vida, por

el mismo hecho de que concuerda con las amistades de los perversos, ya discrepa de Aquel que es sumamente recto. Pues, ¿a quién no aterrará aquella voz apostólica, con la que, testificando ante nosotros y apartándonos de la compañía de los malvados, clama? «Os denuncio», dice, «en el nombre del Señor Jesús, que os apartéis de todo hermano que anda desordenadamente y no según la tradición que os hemos transmitido (II Tes. III)». Si, por tanto, debemos apartarnos cautelosamente de todos aquellos a quienes vemos que no andan según la tradición apostólica, ¡cuán pocos quedan en ese orden secular con quienes podamos tener compañía familiar sin peligro! Además, quien, habiendo despreciado la tradición apostólica, se esfuerza por introducir otra doctrina, ya sea dogmatizando o viviendo, no merece gozar de la compañía de un hombre ortodoxo y religioso, como también atestigua el apóstol Juan, que dice: «Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis 'Salve'; porque quien le dice 'Salve', comunica con sus obras malignas (II Juan XIII)». Instruidos, ciertamente, por estas sentencias de la verdad apostólica, probamos con la mayor evidencia que quienes se unen carnalmente en amistad con hombres malvados se hacen partícipes de la culpa ajena; y son obligados a sufrir con ellos el juicio del castigo extremo, con quienes, sin embargo, no cometieron pecado juntos en esta vida.

CAPÍTULO XV.

De los monjes que se deleitan en vestiduras preciosas.

Este vicio también, que ciertamente ya hemos perseguido, asedia familiarmente al monje errante, porque en verdad nunca es capaz de sacudirse tan puramente la lepra de la venenosa propiedad que no le parezca necesario retener para sí alguna cantidad con ocasión de un viaje. De aquí nace también el amor por las vestiduras preciosas, para que, al salir en público, no parezca despreciable. Sin embargo, mientras se buscan los adornos de la vestimenta exterior, toda la composición del hombre interior se disipa. Mas esta falsa locura, no sé de qué modo, ciega de tal manera los ojos de la mente perversa que ni ve lo que es honorable entre los hombres, ni atiende a de dónde se podría parecer más glorioso ante Dios. Y en verdad es locura, y es falsa. Pues es una locura despreciar con soberbia el juicio del árbitro oculto y captar el aura del favor humano con una vestidura más suave. Y es falso, porque aquello con lo que ofende los ojos del Espectador celestial, con ello también, no obstante, cae ante el juicio de la estimación humana; y por aquello por lo que apetece parecer más glorioso a los hombres, por ello en cierto modo se expone a los dientes de la detracción pública; y mientras el esplendor de la vestimenta provoca que los ojos le miren, también arma las lenguas con los dardos de la derogación para criticar a quien así se viste. Pues, ¿quién podría ver a un monje vestido con ropas suaves y no decretar al instante que está vacío del espíritu divino y que anhela las cosas

terrenales más que las celestiales? Pues el estado de la mente se infiere de la vestimenta, y según el adorno exterior se juzga cuál es la naturaleza de la intención. Lo cual ciertamente concuerda con la autoridad evangélica, cuando se dice: «Por sus frutos los conoceréis (Mt. 7)». Aunque estos no vienen a nosotros con vestidos de ovejas; puesto que el vestido de las ovejas es el vestido de la humildad y la inocencia, no de la arrogancia o la rapiña. Pero aquella vestidura no sin razón es llamada vestidura de rapiña, la que se compra por el precio de dos o incluso tres vestiduras. Pues comete el crimen de rapiña quien, entregado a la vanagloria, gasta solo en la vestimenta de su propio cuerpo aquello con lo que podría haber cubierto comúnmente a su hermano junto con él. Sin duda perpetra rapiña quien, encendido por el ardor del honor vano, prodiga en una sola vestidura el gasto de dos, y deja a su prójimo, a quien debía amar como a sí mismo, en su desnudez.

Pero esta es la diferencia entre estos monjes «renovados», por así decir, y aquellos hipócritas que el Evangelio señala; porque aquellos, según el testimonio de la Verdad, vienen a nosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mt. 7); estos, en cambio, por dentro se hinchan con el viento de la vanagloria crepitando en sus entrañas, mientras que por fuera caminan arrogantemente con la vestidura de la rapiña, como se ha probado, y por tanto, con la vestidura de los lobos. Por tanto, cuando el Señor dice a los judíos acerca de Juan: «¿Qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con ropas suaves? He aquí que los

que visten con suavidad están en las casas de los reyes (Mt. 11)»; ciertamente el monje que afecta el esplendor de una vestidura preciosa no lleva la milicia del Rey celestial, sino la de este mundo: y aunque parezca superficialmente ofrecer a Dios el don de su supuesta obediencia, es abiertamente convicto de servir verdaderamente a la vanagloria al captar el favor humano. Además, si bajo el pretexto de la obediencia es lícito vestirse con ropas suaves, ¿a quién se le podría haber concedido esta remisión con una dispensa más liberal que al bienaventurado Juan, quien, especialmente dotado con el oficio del servicio, había venido a convertir los corazones de los padres a los hijos con una nueva predicación y a preparar un pueblo perfecto para Cristo Señor (Lc. 1)? ¿Acaso el mismo Señor, cuyas vestiduras solas la perfidia de los gentiles dividió entre sí, no pudo proveerse de calzado? Pues si en lo más mínimo no le hubieran faltado sandalias, la serie de la historia sagrada no habría guardado silencio sobre ellas.

CAPÍTULO XVI.

Que así como la vestidura preciosa provoca a la ira, así la humilde provoca a Dios a la indulgencia.

El rey de Nínive, vestido de púrpura, mereció la destrucción de su propia ciudad; cubierto de saco, aplacó el movimiento de la furia divina con la humildad de un corazón contrito (Jon. III). También Ezequías, adornado con atuendo regio, escuchó temblando las terribles amenazas del rey de los asirios; pero tan pronto como él mismo

se cubrió de cilicio, y no se avergonzó de enviar mensajeros cubiertos de cilicio al profeta, recibió el oráculo de una inminente victoria divina y de la anhelada prosperidad (IV Reyes XIX). Promesa que, en verdad, según atestigua la Escritura, llegó rápidamente a su cumplimiento. Pues he aquí que el ángel del Señor hirió a ciento ochenta y cinco mil asirios en una noche, y luego ambos hijos degollaron al propio rey Senaquerib con una espada parricida, ciertamente, pero merecida (ibid.).

Ves, por tanto, cuánto difiere ante Dios una vestidura suntuosa de una áspera. Consideras que una vestidura vil y abyecta aplaca al juez a quien la delicada había merecido experimentar como airado; y esta recomienda como digno de perdón a aquel a quien aquella había hecho merecedor de castigo. Además, de cuánta importancia es ante Dios el adorno de las vestiduras, lo mostró evidentemente aquel egregio profeta Isaías, quien, en efecto, por mandato de una orden divina, se despojó de sus vestiduras y anduvo desnudo y descalzo por el espacio de tres años. Avergüéncese, pues, la soberbia humana, confúndase la mísera mente corrompida por la peste de la vanagloria, mientras que él, a saber, instrumento de Dios, templo del Espíritu Santo, pregonero de la divina justicia, no dudó en andar públicamente desnudo. Y el hombre infeliz, que no ha merecido ni siquiera una señal de familiaridad divina, afecta el supersticioso adorno de una vestidura recargada; y mientras se viste con los falsos colores de una ropa mal teñida, resbaladizo

para ser visto por sí mismo, no teme ser apartado de los ojos del Espectador supremo. Así, ciertamente, mientras esa indumentaria de arrogancia es despreciada en la estimación divina, también el que la viste es, en consecuencia, juzgado abominable.

Pero, sea que Isaías anduviera desnudo, ¿acaso entonces, cuando solía ir vestido, se permitía vestir cosas más suaves? Interroguemos, pues, la misma historia de la narración profética, y oigamos lo que la voz divina le prescribe: «Habló, dice, el Señor por mano de Isaías, hijo de Amós, diciendo: Ve, y quita el saco de tus lomos, y descalza las sandalias de tus pies (Is. XX)». Pues a quien se le manda quitar no otro tipo de vestidura, sino el saco de sus lomos, se declara claramente cuán grande era para él la sencillez de sus vestidos. ¡Oh, cuántos triclinos dorados de reyes y príncipes de la tierra había entonces! ¡cuántos lechos purpúreos rodeados de cúpulas pintadas! ¡cuántos ornamentos de los muy ricos, insignes por sus gemas brillantes! ¡cuántos artesonados contruidos con sellos de cedro y ciprés! y, sin embargo, despreciadas y desdeñosamente menospreciadas todas estas cosas, el Dios omnipotente se dignó construir para sí un templo racional de este hombre cubierto con la deformidad del saco, y por medio de él, como por un instrumento, revelar a los mortales los misterios de su secreto.

Aprenda, pues, aprenda el monje elegantemente vestido, cuán mal negocio hace, porque por aquello por lo que apetece parecer preclaro a

los ojos humanos, por esto sin duda se envilece en la estimación del Juez supremo: por aquello por lo que es más intensamente honrado por los hombres, por eso es más despreciado por Dios; y cuando provoca a la admiración de sí mismo los ojos de los que lo miran, él, ensombrecido, se aleja de la mirada de la divina gracia.

Pero ya que se ha presentado la ocasión de hablar de la vanidad de las vestiduras, así como hemos tratado brevemente de aquellos que se deleitan en las cosas delicadas, disertemos también brevemente sobre aquellos que, padeciendo ciertamente la misma enfermedad, son arrastrados por una locura diferente. Hay, en efecto, algunos que con la fealdad de sus viles vestiduras compran el favorable aplauso del vulgo; y se alimentan de este deleite tanto más gustosamente si, mientras parecen abyectos por su esmero en una deformidad estudiada, vuelan gloriosos por las bocas de los pueblos que los alaban. Se alegran de que se hagan discusiones sobre ellos; se alegran de ser señalados con el dedo, como algo admirable; quienes, en verdad, compuestos en su fealdad, conspicuos en su oscuridad, maquinan para parecer excelsos desde su humildad. Ciertamente, por la astucia taimada de la malicia diabólica, se rebajan para esto, para parecer sublimes; para esto se afean, para resplandecer como espectáculo a los ojos de quienes los miran.

Por lo demás, la suma que estos gastan es ciertamente diferente de la de los anteriores; pero una es la mercancía que concordemente compran. A saber, la vanagloria (vana gloria), como

cierta materia de negocio, está puesta en medio, a la cual, evidentemente, acuden diversos mercaderes. Unos sacan de su bolsa viles indumentos como precio, otros se afanan en ofrecer los preciosos. Pero mientras cada cual se afana por su parte, los que ofrecen vestiduras viles son inmediatamente preferidos a los demás compradores. Pues quien usa vestiduras delicadas, como se dijo anteriormente, a menudo, de donde estima captar el soplo del favor, de allí se expone más ampliamente a las mordeduras de los detractores; pero quien se contenta con la extremada vileza de su indumento (hablo, por cierto, de los monjes), con el celo de cualquier intención, es decir, ya sea que lo haga con mala o buena intención, la opinión de santidad generalmente lo recomienda a quienes lo contemplan; y cuanto más deforme se ve alguien en su hábito exterior, tanto más a menudo es juzgado digno de mayor reverencia.

CAPÍTULO XVIII.

De la verdadera humildad de David.

Sin embargo, quienquiera que sea aquel que por la vileza de su propio hábito espera el premio de la retribución celestial, es necesario que no cese de pisotear todo favor de la alabanza humana bajo los pies de su mente, como si fuera un lodo cenagoso; y tal como se presenta a la mirada de los que lo observan, tal se juzgue a sí mismo en los secretos de su propia conciencia. De ahí que, cuando Mical, la hija de Saúl, lo reprendió, diciendo: «¡Cuán glorioso ha estado hoy el rey

de Israel, descubriéndose ante las siervas de sus siervos, y se ha desnudado como se desnudaría un bufón!» (II Reyes 6; I Crónicas 15); para mostrar que la misma humildad que exhibía en su cuerpo florecía en su mente, no se encendió de ira, no respondió con palabras de soberbia, sino que humildemente dijo: «Vive el Señor, que danzaré, y me haré más vil de lo que he sido, y seré humilde a mis propios ojos» (ibid.). En estas palabras se propone la forma de la verdadera humildad, pues se demuestra una humildad interior no menos que una exterior. Pues algunos, cuanto más deformemente se rebajan en su compostura exterior, tanto mayores cosas decretan para sí intrínsecamente. Estos, en efecto, desean ser vistos de una manera en la superficie y ser entendidos de otra en secreto; y de aquello por lo que se deprimen humildemente en público, de eso mismo se hinchan con mayor soberbia en lo oculto. David, en cambio, para mostrarse humilde exteriormente, dice: «Danzaré y me haré más vil de lo que he sido». Mas para mostrar la humildad de su mente, añade: «Y seré humilde a mis propios ojos»; como si dijera abiertamente: Me humillaré exteriormente para ofrecer a otros un ejemplo de salvación; y seré humilde interiormente para persistir yo mismo en la raíz de esta misma humildad salvífica. Aquel, por tanto, que camina con tal sencillez que desea ser en la opinión de los que lo ven tal como se presenta en la deformidad de su hábito, este en verdad lleva el oprobio de Cristo y, muerto para el mundo, carga la cruz tras Él; y tanto más claro es hecho a la vista divina, cuanto

más despreciable es juzgado a los ojos humanos, y por un fructuoso intercambio, aquel a quien su vestidura exterior afea, resplandece con la gracia interior.

CAPÍTULO XIX.

Que los menos perfectos desdeñan las vestiduras suaves, mientras que los más perfectos a veces las admiten con indiferencia.

Hay también algunos que, por el celo de la recta intención, acostumbrados por largo tiempo a vestiduras viles, si alguna vez sucede que se cubran con ropas por muy suaves que sean, las desdeñan con el altivo desdén de una humildad deliberada; y así como otros se avergüenzan de ser vestidos con ropas sucias, así estos se avergüenzan de ser vestidos con ropas preciosas. Ciertamente toleran los atuendos delicados, pero disfrutan de la aspereza de los despreciables. Todos los ornamentos del cuerpo se convierten para ellos en una deshonor, y la deformidad en un honor. De estos, en verdad, Ester había mostrado el tipo, cuando decía: «Tú sabes, Señor, mi necesidad, que abomino el signo de mi soberbia y de mi gloria, que está sobre mi cabeza en los días de mi manifestación, y lo detesto como un paño de menstruante y no lo llevo en los días de mi silencio (Ester 14)». Estos, en verdad, arden con el fervor del santo deseo, pero todavía luchan contra las tentaciones de sus pasiones. Otros, en cambio, han llegado a tal altura de mortificación que, habiéndose vuelto como insensibles a am-

bos extremos, así como habitualmente buscan ser vestidos con cosas viles, así también, cuando la situación lo exige, de ningún modo aborrecen las cosas preciosas o elegantes: es decir, contemplando ambas cosas con una sola mirada, a quienes, ciertamente, las cosas suaves no debilitan y las ásperas no afligen.

De estos también fue modelo Judit, la cual, habiendo usado cilicios hasta entonces, cuando la necesidad lo exigió, se adornó con diversas insignias de belleza corporal, como atestigua la Sagrada Escritura, que dice: «Se quitó Judit el cilicio, y se despojó de los vestidos de su viudez, y lavó su cuerpo, y se ungió con el mejor mirto, y peinó el cabello de su cabeza, y se puso una mitra sobre su cabeza, y se vistió con los vestidos de su alegría, y se calzó sandalias en sus pies, y tomó sus brazaletes, y lirios, y zarcillos, y anillos, y se adornó con todos sus ornamentos (Judit 10)». Con estos ornamentos, por tanto, la santa mujer mantuvo la guarda de la verdadera humildad en torno a sí y no perdió el espíritu de pobreza con el que había sido enriquecida.

Pero mientras me afano en despojar de sus preciosas vestiduras al monje errante que había apresado, se me escapa de las manos de mi propia disertación; y ya apenas lo vislumbro alejándose a lo lejos, mientras me doy cuenta de que solo sus ropas han quedado en mis manos. Así pues, arrojando las vestiduras, persigámoslo velozmente y, apresándolo, si es posible, esforcémonos por detenerlo. Sepa, pues, el monje adicto al vicio de la divagación (*vagatio*) que, si no retira su pie

del mundo y se ciñe perseverantemente a servir a Dios en un lugar de retiro, no podrá ni alcanzar la cumbre de la perfección ni guardar dignamente los deberes de su orden. En efecto, Dina, hija de Jacob, mientras se contuvo dentro de las tiendas paternas, conservó los derechos de su virginidad intacta; pero después de que salió a ver a las mujeres de aquella región y buscó el espacio público, su virginidad sufrió al instante un enemigo y, vergonzosamente prostituida, sirvió a una lujuria ajena (Gén. XXXIV). La mujer del levita de la montaña de Efraín, mientras permaneció en las estancias interiores y se ocupó de los cuidados domésticos, guardó la castidad del lecho conyugal; pero, llevada por el afecto a la parentela que había dejado, volvió a visitar su patria y a sus padres. Luego, al regresar, sucumbió como presa a las muchas corrupciones de una lujuria furiosa; y mientras en la carne sufrió el naufragio de su pudor en peligro, atormentada por un escarnio ignominioso, incluso exhaló el espíritu (Jueces XIX). Tamar, hermana de Absalón, mientras habita sencillamente en el hogar fraterno, conserva el genio de su virginidad intacta; pero cuando cumple el deber de una visita fraterna a Amnón, hijo de David, llora haber incurrido en la pérdida de su virginidad arrebatada (II Samuel XIII); y finalmente, habiendo experimentado que era más seguro permanecer que salir, aunque tarde, prefirió el ocio secreto a la nociva divagación.

Y tú, por tanto, si quieres que tu alma persista en la integridad de su virginidad, si consideras abominable someterte a corruptores viles y vio-

lentos, busca el secreto, indaga el retiro de la soledad, cierra firmemente tus oídos y ojos a la vanidad de los asuntos seculares, y desprecia las conversaciones de los hombres carnales, que más conducen a la destrucción que a la edificación. Pues, según Salomón: «Quien toca la pez, se manchará con ella (Eclesiástico XIII)». Recógete, por tanto, en el aposento de tu conciencia. Pon los cerrojos de la disciplina censora en todas las puertas de tu casa, es decir, en todos tus sentidos, para que nadie entre. Pues una fuente que está cerrada por todas partes para que no se derrame, se eleva por sus aguas que fluyen hacia lo alto; por el contrario, la que se desvía por muchos arroyos acá y allá, tan pronto como un calor más ardiente la cubre, se seca. Finalmente, si al pasear David por la azotea de la casa real le hubieran obstaculizado puertas cerradas, de ningún modo se habría encendido en la concupiscencia de Betsabé que se bañaba (II Samuel XVII); pero como no mantuvo su ojo bajo la custodia de la disciplina, él también, tras él, se precipitó de cabeza en el inmenso abismo de una ruina abierta. Pues con pasos resbaladizos, experimentó la caída de todo su ser, al relajar la rienda de su sola mirada; a lo cual, en verdad, se ajusta muy apropiadamente aquello de Jeremías: «Mi ojo», dice, «ha saqueado mi alma (Lamentaciones III)». Si, por tanto, una columna tan sublime del cielo cayó tan gravemente por la sola divagación de los ojos, ¿qué se ha de pensar de nosotros, débiles y pequeños, que, discurriendo por el mundo, nos sacamos enteramente fuera de nosotros mismos y ocupamos

nuestra vista, y oído, y todos nuestros sentidos en absorber las vanidades del mundo?

CAPÍTULO XXI.

Que la vagancia derribó a Esaú, y la estabilidad exaltó a Jacob.

Además, qué distancia existe entre los monjes que aman el apartamiento del retiro y aquellos que se derraman en las cosas exteriores, se nos enseña con más claridad que la luz en los dos hijos de Isaac. Pues está escrito: «Que Esaú se hizo hombre diestro en la caza, y hombre del campo, mas Jacob, hombre sencillo, habitaba en tiendas» (Gén. XXV). Pero este [Jacob], prudentemente sencillo y cauto ejecutor de su propio progreso, recibió la primogenitura de su hermano y la bendición de su padre; aquel [Esaú], diestro en su necedad, oyó que viviría por la espada y que serviría a su hermano como un siervo a su señor. Sin embargo, si este no hubiera permanecido en las tiendas, sin duda habría estado exento de la bendición primitiva; y si aquel, como vagabundo, no se hubiera proyectado hacia las cosas exteriores, no habría carecido del privilegio de su primacía. Este se aferró al ocio de la quietud doméstica y, por la largueza de la gracia divina, saltó a los derechos ajenos; aquel, agotado por el trabajo de la caza, perdió incluso esto que por derecho le competía.

Pero para que dejen de oponer el escudo de la excusa aquellos que, recorriendo el mundo, se jactan de servir a las leyes de la obediencia,

que no ignoren que también Esaú, saliendo a cazar, obedeció los mandatos paternos; y sin embargo, no mereció ni ofrecer los manjares a su padre, ni obtener las primicias de la anhelada bendición. Pues quienquiera que, llevado por la costumbre, ejecuta gustosamente por instinto de su propia voluntad algo que pertenece al vicio, peca, aunque parezca obedecer aparentemente a mandatos ajenos. Pues cuando se dice: «Porque Isaac amaba a Esaú, porque comía de su caza» (Gén. XXVII), es ciertamente evidente que Esaú, al procurar manjares para su padre mediante el afán de la caza, no tanto obedeció por obediencia al mandato paterno, cuanto en cierto modo pagó tributo a una costumbre arraigada. Por tanto, quien corriendo por el mundo satisface su propia concupiscencia, y sin embargo afirma que obedece las órdenes de sus superiores, sepa que Dios no cree tanto en las verbosidades adornadas, cuanto que juzga los secretos de los hombres según su conciencia.

Debe notarse, además, que algunos, mientras están en esa misma vagancia, no caen gravemente; pero al regresar, como ebrios de cierta bebida embriagadora de negocios seculares, son despeñados a un inmenso precipicio. Ciertamente, regresan con los ojos ofuscados por el humo de las acciones seculares, y por eso, una vez restituidos a sus propios umbrales, no atienden a dónde deben poner el pie de su obra. Esto, en verdad, lo insinúa patentemente el mismo Esaú, quien, al volver del campo y quejarse de estar sumamente cansado, pactó con su hermano un comercio muy

perjudicial; y mientras permitió que la inmoderada rabia del hambre se desatara en él, malvendió el gran honor de la primogenitura por un vil guiso de unas pocas lentejas (Gén. XXV). Así, en verdad, así quien, entregado a las cosas exteriores, se abandonó a sí mismo, y después, llamado a lo interior en cuerpo, pero no en corazón, perdió lo que era suyo. Acontece también a los que padecen el vicio de la vagancia que, con los ojos interiores llenos de polvo, así como no se precaven de caer en el hoyo de la culpa, tampoco después advierten dónde han caído. Y así, mientras descuidan considerar sutilmente cada una de sus faltas, cualquier cosa que hayan delinquido, la tienen en poco en un confuso examen de la mente, sin colar siquiera un mosquito, aunque traguen un camello. De esta ceguera se sabe que tampoco Esaú estuvo inmune, como se refiere por el testimonio de la historia sagrada, donde, después de que se dice: «Porque Esaú juró y vendió su primogenitura», luego se añade: «Y así, recibido el pan y el guiso de lentejas, comió y bebió, y se fue, teniendo en poco el haber vendido su primogenitura».

CAPÍTULO XXII.

En estos dos hermanos se manifiesta qué diferencia existe entre los monjes errantes y los estables.

En estos dos hermanos (Gén. XXVII), por tanto, se comprende manifiestamente cuánta distancia se percibe que existe entre los monjes residentes y los vagabundos. Pues si aquel no

se hubiera derramado en lo exterior, inestable y pródigo de sí mismo, de ningún modo habría perdido el misterio de la bendición paterna junto con su primogenitura; y si este no se hubiera recluso dentro de los recintos del hogar doméstico, siendo el menor, habría permanecido humildemente por debajo del límite prescrito de su sucesión. Aquel, conocedor y hábil, se desliza del derecho de su prerrogativa; este, quieto y sencillo, sometidos sus hermanos, gobierna con un privilegio singular. El uno, fatigado de recorrer saltos y guaridas, es arrojado de la dignidad de su primacía; el otro, gozando del ocio en una cámara amena, es divinamente exaltado para asumir la monarquía sobre pueblos y tribus.

Cese, pues, el monje, quienquiera que sea, de irrumpir frecuentemente con Esaú desde los claustros de su retiro; cese de implicarse con él en causas seculares bajo la apariencia de obediencia, no sea que alguna vez llore con él, desterrado de la bendición divina, a quien toma como autor de su nociva vagancia. Con Jacob, por tanto, muéstrese doméstico; con Jacob viva sencillamente en tiendas, para que rehaga a Dios —que es verdaderamente el padre de los elegidos, deseoso de alimentarse con el manjar de las buenas obras— no con la provisión de fieras silvestres, sino del rebaño doméstico, cuando le prepara un dulce alimento no de la superficie de la santidad externa, sino de las virtudes de su propia conciencia. Pues Dios no manda que se le ofrezcan en sacrificio las pieles de las víctimas, sino que más bien ordena que se presenten las partes internas de

las vísceras con la médula misma. De donde también, al mostrar el mismo rito de los sacrificios, Moisés manda, diciendo: «Quitada la piel, cortarán en pedazos los miembros de la víctima (Lev. I)»; en cuyo mandato también se halla que reside un entendimiento místico, si se indaga más sutilmente. Pues quitamos la piel de la víctima cuando apartamos de los ojos de nuestra mente la superficie de la virtud. Cortamos sus miembros en pedazos cuando, distinguiendo sutilmente sus partes íntimas, las consideramos miembro por miembro, para que lo que por fuera parece sincero y sólido, no se halle por dentro cavernoso por el vicio de la vanidad oculta. David, por su parte, como un gran don, promete que ofrecerá a Dios sacrificios llenos de médula, diciendo: «Te ofreceré holocaustos medulosos, con el incienso de los carneros (Sal. LXVIII)».

Quienquiera, sin embargo, que se derrama deleitosamente a través de los ejercicios de los negocios seculares, sustrae la médula de su holocausto con las vísceras, y se esfuerza por quemar para Dios solo la piel de la víctima, la cual está prohibido ofrecer; pero el que desea ofrecer un sacrificio suave a Dios, que busque los retiros, que persiga las cosas interiores, que guarde su alma íntegra e inmaculada en su propia virginidad; y que no la someta, corriendo por los lupanares del siglo, a corruptores inmundos a modo de prostituta. Por tanto, para que agrade a la vista del esposo interior, que no pinte sus ojos con antimonio como Jezabel (IV Re. IX), es decir, que no se cubra con los afeites de la pompa secular, sino

que con Judit unja sus miembros con la mejor mirra (Judit X): es decir, que unja todos los sentidos de su mente con el ungüento de la castidad inmortal, no sea que, cayendo en la muerte por la incontinencia, se pudra en el hedor de la lujuria.

En la cámara de la Santa Iglesia, por tanto, que el alma púdica se encierre, y así descanse continuamente en el tálamo del Rey eterno. Que no busque los afectos de los parientes carnales, ni de cómplices cualesquiera, sino que se deleite en los abrazos del único y verdadero Esposo. Pues no sin causa está escrito: «Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, porque el Rey ha deseado tu hermosura (Sal. XLIV)». En la cámara de este Esposo, por tanto, el alma santa duerme lejos de todo torbellino del estrépito secular; que arda con las antorchas del amor casto por este autor de su virginidad, cantando, ciertamente, y diciendo: «El Rey me ha introducido en sus bodegas; nos regocijaremos y nos alegraremos en ti (Cant. I)». Y de nuevo: «Un saquito de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará (ibid.)». Pero si acaeciera alguna ocasión, de modo que parezca inminente la necesidad de salir, que no se precipite a la ligera a vagar, que no se aficione a la conversación con los parientes, que no se enardezca su ánimo, fijo en el mundo, por la vanidad del siglo, sino que delibere consigo misma lenta y gravemente, diciendo: «Me he quitado mi túnica, ¿cómo me la vestiré? He lavado mis pies, ¿cómo los mancharé (Cant. V)?».

CAPÍTULO XXIII. Que la disposición divina, así como concede el ocio espiritual a los buenos, así también permite que los malos se dispersen en las cosas exteriores. Si, por tanto, aquel singular Esposo percibe que este deseo está en el alma santa, como sin duda es príncipe de la paz, le concede el libre reposo del ocio espiritual, y calma todas las olas de las causas emergentes con una plácida tranquilidad a su alrededor. De aquí es que en el Cantar de los Cantares dice: «Os conjuro, oh hijas de Jerusalén, que no despertéis ni hagáis velar a la amada, hasta que ella misma quiera (Cant. II)». Por el contrario, a la mente réproba y anhelante de negocios seculares, se le dice bajo la figura de Babilonia por medio del profeta: «Desciende, siéntate en el polvo, virgen hija de Babilonia, siéntate en la tierra, no hay trono para la hija de los caldeos (Is. XLVII)». Pues en este lugar la mente humana es llamada virgen (*virgo*), no como incorrupta, creo, sino como infecunda. Y porque Babilonia se interpreta como *confusión*, con razón la mente infecunda es llamada hija de Babilonia, la cual, en cuanto que de ningún modo germina buenas obras, mientras no se ordena por ninguna regla de vida recta, es generada como por la confusión como madre. Pero si se la llama virgen no como infecunda, sino como incorrupta, después de que ha perdido el estado de salvación, se la llama lo que fue, para colmo de su confusión. A ella se le dice aptamente con la voz divina en reprehensión: *Desciende*. Pues en lo alto se halla el ánimo humano, cuando anhela las recompensas celestiales. Pero desciende de este estado

cuando, vergonzosamente vencido, se somete a los fugaces deseos del mundo. A lo cual bien se añade en seguida: *Siéntate en el polvo*. Pues el que desciende se sienta en el polvo, porque, abandonando las cosas celestiales, rociado con pensamientos terrenos, se envilece en las cosas más bajas.

Donde aún se añade, a modo de repetición: *Siéntate en la tierra*. Como si, reprochando abiertamente, dijera: Porque no quisiste regirte por una conversación celestial, postrado debajo de ti mismo, humíllate en los actos terrenos. De donde también se añade necesariamente en seguida: *No hay trono para la hija de los caldeos*. Pues los caldeos se interpretan como *feroces* (*feroces*). Y son muy feroces, porque, siguiendo sus propias voluntades, no saben perdonar sus propias costumbres. Feroces son los deseos terrenos, que no solo contra los preceptos del Creador, sino a menudo incluso contra los azotes de los castigos, vuelven la mente dura e insensible. Pero la hija de los feroces no tiene trono, porque la mente, que nace al amor del mundo por deseos perversos, y se endurece por esos mismos deseos, en cuanto que se somete a las concupiscencias terrenas, pierde la sede del juicio, y no preside ningún trono dentro de sí, porque carece del examen de la discreción: es como si fuera repelida de la sesión de su propio juicio, porque vaga por la concupiscencia del deseo exterior. Pues es evidente que la mente que ha perdido la sede del consejo en su interior, se esparce fuera innumerablemente a través de los deseos; y porque descui-

da actuar sobre lo que entiende, también se ciega para no saber lo que hace: y a menudo, por justo juicio de Dios, es dejada a su propia voluntad, y se la entrega a los laboriosos ministerios del mundo que ansiosamente busca. De donde se añade allí aptamente: «Porque ya no te llamarán delicada y tierna: toma la muela y muele harina (ibid.)». Es cierto, por supuesto, que los padres perdonan a su hija tierna, y no la afligen con trabajos duros y serviles.

Dios omnipotente, por tanto, llama al alma amada de cada uno como si fuera una hija tierna, cuando la llama a retirarse de los laboriosos servicios de este mundo, no sea que mientras se ocupa en actos exteriores, se endurezca respecto a los deseos interiores. Pero la hija de los caldeos no es llamada delicada y tierna, porque la mente entregada a los deseos perversos es dejada en el trabajo de este siglo que ansiosamente busca: para que sirva al mundo exteriormente como una sierva, la que interiormente de ningún modo ama a Dios como una hija. De donde también se le ordena tomar la muela y moler harina. La muela se hace girar, y se produce la harina. Toda acción de este mundo, sin embargo, es una muela, que, mientras acumula muchos cuidados, hace girar las mentes humanas como en un círculo; y arroja de sí como harinas, porque al corazón seducido siempre le engendra los más mínimos pensamientos. A veces, en verdad, aquel que se creía que tenía algún mérito mientras estaba en reposo, es desnudado cuando se le pone en cualquier acción. De donde se infiere allí en seguida: «Des-

cubre tu vergüenza, desnuda tu hombro, revela tus piernas, cruza los ríos (ibid.)».

En efecto, en la administración de la obra, la vergüenza se desnuda, cuando la mente vil y abyecta se conoce en la ostentación de la acción, la cual antes, en reposo, se consideraba grande. La mente desnuda su hombro cuando muestra su obra, que era ignorada. Revela sus piernas, porque manifiesta con qué pasiones de deseos anhela las ganancias del mundo. También cruza los ríos, porque busca incesantemente las acciones de este siglo, que cada día fluyen hacia su fin; y mientras deja unas, sigue otras, como si siempre tendiera de río en río.

Hemos dicho estas cosas, sin embargo, para mostrar en qué estado yace la mente que es arrojada del trono de la santa intención y entregada al vicio de la vagancia; porque si cesa de anhelar las cosas de arriba, también se precipita incesantemente por debajo de sí misma. Pero se fija en lo alto si, abandonando el amor de las cosas temporales, se ata a la esperanza de la eternidad inmutable. Y con estas palabras no afirmamos que un monje deba con un propósito obstinado permanecer perpetuamente en su retiro, y no consentir en salir alguna vez cuando una necesidad violenta lo exija; sino que más bien persuadimos esto, que lo haga tanto más parca y tanto más raramente, cuanto más sabe que, vagando por el mundo, no es capaz de vivir espiritualmente, ni de llegar a la cumbre de la perfección, aunque vigile diligentemente.

CAPÍTULO XXIV.

Sobre los eremitas que se dedican a la vagancia.

Pero entre todos los géneros de hombres que se desvían de su propósito, no desagrada medianamente aquel en el que, incluso entre los más santos eremitas, parecen mezclarse algunos a quienes agita la misma enfermedad de la vagancia pestífera: y (si se me permite decirlo) los atormenta como un Vertumno, es decir, un cierto género de demonios. En efecto, entre los antiguos se llamaban Vertumnos a los demonios por cuya instigación los hombres, puestos en un estado de vértigo, se volvían inestables. A estos, ciertamente, no sin razón parecen estar sujetos aquellos que, morando en sus celdas solo durante el tiempo cuaresmal, corren de acá para allá durante casi todo el círculo del año, y así consumen su vida vagando inútilmente. Ciertamente, mientras estos, por un lado, buscando superficialmente las cosas más remotas y, por otro, saliendo más frecuentemente en público, se glorían de extenderse a ambas vidas, a saber, la contemplativa y la activa, se demuestra que no aportan el pleno fruto de la salvación en ninguna de las dos; y mientras se aplauden a sí mismos por estar unidos, como Jacob, por un cierto vínculo especial a dos esposas, se descubre que el juicio de su propia opinión se vuelve en su contra. Para ellos, en efecto, en contra de la costumbre, tanto Raquel se vuelve legañosa como Lía se vuelve infecunda; una, en efecto, se ve embotada por la debilidad de la vista, la otra es herida por la aflicción de la esterilidad;

porque, ciertamente, hombres de esta clase, que andan corriendo en público y por ello son tenidos en mala opinión por el pueblo, de ninguna manera pueden engendrar hijos espirituales para Dios y, volviendo como ebrios del mundo, no pueden penetrar las cosas íntimas. Pues quienquiera que desee alcanzar aquella luz inaccesible con la agudeza de su mente, le es necesario, durante largos períodos de vagabundeo, purgar sus ojos interiores de toda mancha de acción mundana; no sea que, mientras eleva los ojos para contemplar las cosas más altas, el polvo de la conversación terrenal obstruya su vista, y vea más las tinieblas que había dejado que aprehenda la luz hacia la que se esfuerza.

CAPÍTULO XXV.

Que la costumbre hace dulce la celda, y el vagar la hace horrible.

A esto se añade que, para aquellos que alternan su vida bajo esta inconstancia de cambio, la vida de retiro se vuelve tanto más austera cuanto más son arrastrados por la arraigada costumbre de vagar; de modo que la disciplina eremítica les parece una dificultad gravísima, y la celda misma un horror. Pues la costumbre hace dulce la celda para el monje; el vagar la hace parecer horrible. Para los que vagan, la celda es una cárcel; para los que permanecen, una agradable alcoba. El silencio hace vigilante al monje perseverante; el sopor oprime al que viene de fuera. La sobriedad fortalece un cuerpo acostumbrado

a los ayunos; el flujo de abundantes banquetes lo debilita. Una vigilia moderada agudiza el filo de la mente humana; la duplicación del sueño repetido lo embota. La conversación frecuente engendra un hambre en la mente del monje; el retiro secreto guarda el alma en el rigor de la continencia acostumbrada. El relato de los asuntos seculares hace al alma sujeta a las pasiones del deseo; la asidua meditación de la palabra sagrada la vuelve muerta para el mundo. La pobreza del monje es la seguridad de su mente; la seguridad es la madre de la pureza. Por el contrario, la abundancia de cosas engendra los aguijones de la solicitud; la solicitud es la raíz de la ansiedad. Los pies sin lavar, las manos descuidadas, el cabello desaliñado son, por así decirlo, un ancla para que el monje permanezca continuamente en su celda; por el contrario, el cuidadoso arreglo de un cuerpo delicado es un cebo y una ocasión para salir en público.

Quienquiera, por tanto, que desee que la vida eremítica se le vuelva dulce, es ciertamente necesario que se esfuerce por perseverar en ella continuamente con ánimo constante; y no debe alternar por turnos, si desea llevar en paz el suave yugo del Señor. Pues la vida eremítica, cuando es continuada, es ciertamente un refrigerio; cuando se interrumpe, parece ser una especie de tormento. También por el retiro continuo el alma es iluminada, los vicios son descubiertos, y todo lo que al hombre se le había ocultado sobre sí mismo, se le revela. Cuando se drena el agua de un estanque, quitadas las barreras, los peces

que quedan en seco sufren las miradas humanas: y para nosotros, cuando la marea de la acción terrenal se retira, se desnuda todo lo que solía nadar en lo profundo de las tormentas emergentes. El cazador también, habiendo bloqueado los sinuosos caminos, rodea las guaridas del bosque con densos matorrales, y con arte deja una sola entrada en lugar de muchas para las bestias huidizas, y allí se pone en emboscada, blandiendo sus venablos desenvainados; y así se procura un atajo en la laboriosa caza, mientras espera tranquilamente con ociosa diligencia en el único vestíbulo de salida las huellas de las veloces fieras, que no había podido perseguir por infinitos caminos. Y nosotros, cuando cerramos los pasajes de la acción terrenal a los vicios que se esfuerzan por salir a la libertad de la obra perversa, les tendemos, por así decirlo, una emboscada en un solo lugar, porque luchamos continuamente solo con los pensamientos. Y así, la ferocidad bestial de nuestros vicios es capturada fácilmente, mientras el único paso del pensamiento humano es guardado singularmente. El pajarero también cubre todos los estanques por todas partes con una densidad de ramas, y por una necesidad prescrita obliga a las aves a congregarse en un solo lugar para beber el agua dulce; y mientras ese único lugar para beber queda expuesto, los ingenios de trampas circundantes se enriquecen con el resultado de una caza de aves exitosa. Por lo tanto, para que podamos lanzar fácilmente los lazos de la captura sobre las diversas pasiones del alma, habiendo bloqueado los arroyos de los asuntos

seculares, esforcémonos por luchar virilmente solo contra los impulsos de los pensamientos, para que mientras nuestros vicios, disuadidos de la acción, vuelan hacia las fluctuaciones de los solos pensamientos, caigan fácilmente en los lazos de la santa prudencia.

Debe notarse, sin embargo, que a menudo el siervo de Dios es engañado por los miembros de este mundo, cuando es importunamente invitado a dirimir las disputas de los disidentes, o a realizar algunas tareas, a saber, las que son provechosas para los usos eclesiásticos; pues exageran el peligro inminente y el riesgo común de muchos, si no procede. Y si acude, aseveran de muchas maneras que todo resultará según el arbitrio de su voluntad y llegará a felices conclusiones. Pues el antiguo enemigo, viendo al soldado de Cristo puesto en preparación para el santo combate y que de ningún otro modo puede entibiarse del fervor de su propósito, maquina esbozar la apariencia superficialmente buena de un fruto más abundante, para que, mientras se atiende a una ganancia mayor, el bien que está presente sea pospuesto por un tiempo, como por dispensa. Pero quien ha experimentado frecuentemente la costumbre del mundo mendaz, sabe prudentemente tanto rechazar las vanas invenciones de quienes las sugieren como guardarse cuidadosamente del ejercicio de un trabajo infructuoso.

Pues entre algunos, la autoridad de un monje ausente es de peso; pero si está presente, se juzga que no tiene ninguna importancia. Pues a menu-

do se rinde el honor de la reverencia a las cartas de algún hombre venerable, el cual se muestra con menos devoción a su persona, si está presente. Ciertamente, entre los seculares, toda persona religiosa es como una pintura. Pues si una pintura se encuentra a distancia, se la mira con anhelo y avidez; si está cerca, se la juzga despreciable. Y así, toda persona espiritual parece a los hombres carnales objeto de temor cuando está ausente, pero de desprecio cuando está presente. El Apóstol también testifica que esto le sucedió a él mismo, cuando dice: «Sus cartas son graves y fuertes, pero su presencia corporal es débil, y su palabra despreciable (II Cor. 10).» Pues a aquellos a quienes había aterrorizado con la fuerza y la gravedad de sus cartas, les parecía despreciable en su presencia corporal.

Pero, ¿qué tiene de admirable si estas cosas les suceden a cualesquiera hombres justos, cuando la serie evangélica afirma algo no disímil acerca de la misma cabeza de los elegidos, a saber, nuestro Redentor? «Herodes», dice, «al ver a Jesús, se alegró mucho; pues hacía mucho tiempo que deseaba verlo, porque había oído muchas cosas de él (Lucas 23).» Pero veamos en qué fin concluyó este deseo tan grande, tan duradero, que la falsedad herodiana había tenido por el Señor ausente, una vez que se le ofreció la oportunidad de verlo. Esto, en verdad, se declara manifiestamente cuando un poco más abajo se añade: «Pero Herodes con su ejército lo despreció, y se burló de él vistiéndolo con una túnica blanca, y lo remitió a Pilato (ibid.).» He aquí que a quien aquella zorra

maliciosa había deseado, lo despreció; a quien deseaba ver, se burló de él; y porque no buscó la Vida por amor a vivir, remitiéndolo a Pilato, permaneció en la muerte de su propia impiedad.

CAPÍTULO XXVII.

Que el monje se guarde de la implicación mundana.

Quienquiera, por tanto, que, puesto en la formación de batalla de la milicia celestial, se apresura hacia la ciudad de la patria celestial, esfuércese en rechazar las promesas del mundo maliciosamente adulator, y aborrezca enredarse en los lazos de las acciones seculares bajo cualquier apariencia. Tiene asignado el oficio de su propia servidumbre: crea que le es suficiente si puede cumplir la tarea prescrita de la obediencia que se le ha impuesto. Traiga a la memoria aquello que está escrito: «Guárdate de que tus actos sean en muchas cosas» (Eclesiástico 11). Déjese a los seculares el componer los asuntos seculares. Sea suficiente para los siervos de Dios mostrarse como muertos para este mundo perecedero. Pues así como es absurdo preferir los males a los bienes, así también es necio juzgar lo óptimo como inferior a lo bueno. María, porque eligió la mejor parte, creyó que le era suficiente; y no se inclinó a los bienes de Marta, a saber, el servicio frecuente (Lucas 10). Moisés, porque, alejado de la conversación humana, ayunó dos veces por un número de cuarenta días, mereció también dos veces recibir la ley del Señor escrita por su dedo (Éxodo 24); Aarón, en cambio, que fue dejado para custodiar

al pueblo, es conocido por haber fabricado ídolos (Éxodo 32).

Así, en verdad, así sucede muy a menudo, que quien, no contento con lo propio, procede a velar por la salvación ajena, se ve más bien obligado a sufrir peligro para sí mismo; y mientras tiende la mano a otro que, por así decirlo, se debate entre procelosos naufragios, la ola devoradora también lo envuelve a él precipitadamente. Es más seguro, por tanto, en la nocturna oscuridad de esta vida, que nosotros, situados en la orilla, llevemos una luz a los náufragos, que nadar hacia ellos por compasión con peligro de nuestra propia vida; para que ellos, por la indicación del rumbo correcto que les damos, alcancen el seno de un puerto seguro, y no nos absorba el abismo del mar espumoso al cruzar hacia ellos. En la cima del monte en Refidim, Moisés oraba, y con Josué como líder, Israel luchaba en el valle. Pero si Moisés hubiera descendido a las llanuras en ayuda de su pueblo, Amalec sin duda habría golpeado por la espalda a los israelitas mientras eran masacrados. Si él hubiera bajado las manos para tomar las armas, producida la matanza de los suyos, habría ofrecido una fácil victoria a los adversarios triunfantes. Esto, en verdad, se reconoce claramente si se atiende sutilmente a la misma serie de la historia sagrada, donde se dice: «Porque cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel; pero si las bajaba un poco, prevalecía Amalec» (Éxodo 17). Las manos del que oraba, por tanto, fortalecían las manos de los que combatían; y porque aquellas, inermes, estaban abiertas al cielo, por

eso estas, luchando, obtenían la victoria una vez muertos los enemigos. De aquellos [los soldados] fue ciertamente la batalla, pero de este [Moisés] fue sin duda la victoria; porque para que a aquellos se les diera el vencer, este mereció obtenerlo por medios divinos. Mas por el contrario, Balaam, hijo de Beor, que sale a la batalla con los madianitas, es degollado a espada junto con aquellos a quienes había decidido aniquilar (Números 31). Y con razón, quien no está contento con su propio oficio, se hace sujeto al peligro ajeno. El infeliz mereció sucumbir entre las formaciones de los combatientes, atravesado por espadas hostiles, él que, puesto en paz, habría podido anunciar el resultado de esa misma guerra por el oráculo de la profecía.

CAPÍTULO XXVIII.

Sobre la libertad y la discreción de Eliseo.

No así Eliseo, quien, ciertamente, no siguió a Jorán, rey de Israel, a las guerras cuando este se apresuraba contra Moab, sino que creyó suficiente predecirle el éxito de la guerra y la futura victoria sobre los enemigos aniquilados (IV Reyes III). Pero ¿por qué decimos que de ningún modo siguió al campamento real a la batalla, cuando, incluso viniendo Naamán desde los remotos confines de Siria y presentándose humildemente a la puerta de su casa con sus caballos y carros, no consideró digno cruzar el umbral, ni le abrió la puerta para que entrara, sino que más bien le mandó a decir por un mensajero lo que debía

hacerse? Y ciertamente, este Naamán disponía de una múltiple abundancia de dotes mundanas, por las cuales parecería digno de ser honrado. Pues como atestigua la historia: «Era el jefe del ejército, un hombre grande ante su señor, y honorable» (ibid.). Porque por medio de él había dado el Señor la salvación a Siria. Era, además, como está escrito, un hombre valiente y rico. Incluso hallándose en esa expedición, no estaba en absoluto desprovisto de la facultad de sus bienes. Pues había traído consigo, como se lee, diez talentos de plata y seis mil piezas de oro, y no menos de diez mudas de vestidos, las cuales, aunque la Escritura no diga de qué clase eran, ¿quién puede dudar de que eran preciosas, al ser contadas junto a tan grandes pesos de oro y plata? ¿Cuántos hay hoy, contados entre los que profesan la regla monástica, que si un hombre tan poderoso y famoso se dignara a presentarse ante sus puertas, inmediatamente se apresurarían a salir a su encuentro con reverencia, le suplicarían humildemente que entrara y proferirían palabras de adulación, no tanto aquellas que se cumplirían útilmente, sino las que se escucharían con agrado? Quienes, además, si se les rogara con tanta insistencia, de ningún modo rehusarían aceptar los dones ofrecidos, especialmente si tuvieran consigo una comunidad algo numerosa de hermanos que alimentar. Pero Eliseo, discípulo del Espíritu Santo, rico en esperanza, opulento con el tesoro de la fe, aunque sustentaba a cien hijos de los profetas bajo el magisterio de su disciplina, despreció el dinero, rechazó los dones y se negó loablemente a

recibir recompensa por la gracia concedida, para no parecer, ciertamente, que vendía lo que había recibido gratuitamente, en injuria del dador. Sin embargo, no se levantó ante la llegada de Naamán, no por soberbia, sino por prudencia, para no mostrar reverencia, ciertamente, a un extranjero que aún presumía de la gloria terrena: sin duda prefigurando ya entonces la imagen de la dignidad apostólica, que Pablo representó después expresamente, diciendo: «En cuanto soy apóstol de los gentiles, honraré mi ministerio» (Rom. XI). Pues, ¿acaso ha de ser considerado un ministro de la humildad quien con soberbia plantó a Naamán ante las puertas, el mismo que se dejó arrastrar del monte Carmelo, donde moraba, por una mujer, y no solo acompañó a aquella sunamita, sino que incluso la siguió? Pues cuando ella dijo (IV Reyes IV): «Vive el Señor y vive tu alma, que no te dejaré», al punto sigue la Escritura, diciendo: «Se levantó y la siguió». ¿Acaso rechazó con la altivez de una soberbia hinchada los copiosos dones, él, que no desdeñó recibir caritativamente unos viles panes de cebada de un cierto hombre que venía de Baal-salisa?

Pero aquí, mientras presentamos un obstáculo para que el profeta no sea acusado de hinchada soberbia, abrimos la puerta a una exigente cuestión contra nosotros mismos. Pues contra esto que proponemos, puede plantearse una cuestión de este tipo: Si tan gran profeta aceptó panes de manos de quien los ofrecía y consintió en salir del desierto por la súplica de una mujer, ¿por qué razón un monje no ha de atreverse a frecuentar el

mundo, o ha de consentir con más dificultad en recibir dones? A lo cual, respondiendo nosotros de forma compendiosa, de ningún modo cortamos por completo la licencia de que un monje reciba algo, sino que aconsejamos que se haga con más templanza y con discreción cuando la devoción fraterna lo exige: a saber, que reciba todo lo necesario, como el profeta los panes que necesitaba, y no admita lo que haya juzgado superfluo, como hizo él con el dinero.

Pero el hecho de que Eliseo descendiera de su retiro montañoso para resucitar al hijo de la sunamita es algo que los monjes de este tiempo deben tener en veneración más que para imitación. Permítase, ciertamente, a un monje volver al mundo por su voluntad, cuantas veces pueda resucitar a un hombre muerto a la vida. Pues aquel viaje profético se reconoce como enteramente lleno de poder por el milagro de la resurrección humana, y típico por el misterio de su significado interno. Y se cree que no es ocioso añadir brevemente lo que significa. Pues el siervo enviado por Eliseo con el báculo no resucitó al hijo de la sunamita; pero Eliseo mismo, viniendo en persona, y extendiéndose sobre el muerto, y ajustándose a sus miembros, paseando de aquí para allá, y soplando siete veces en la boca del muerto, lo animó al instante a la luz renovada por el misterio de la compasión. En efecto, Dios, autor del género humano, se dolió como por un niño muerto, cuando nos miró con misericordia, extinguidos por el aguijón de la iniquidad. Y porque manifestó el terror de la ley por medio de Moisés, fue como

si enviara una vara por medio de un siervo. Pues por la ley, Dios había sostenido una vara, cuando decía: «Si alguno hiciere esto o aquello, morirá de muerte» (Éxodo XX, XXI).

Por tanto, la ley no pudo resucitarnos de la muerte del pecado, sino que Dios nos levantó clementemente al estado de vida por la gracia de la mansedumbre infundida. Pero el siervo con el báculo no pudo resucitar al muerto, porque, como atestigua Pablo: «La ley no llevó nada a la perfección» (Heb. VII). Pero Él, viniendo por sí mismo, y extendiéndose humildemente sobre el cadáver, se ajustó para igualar a sí los miembros del muerto: «Quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en la condición como hombre» (Filip. II). Pasea de aquí para allá, porque llama tanto a Judea, que está cerca de él, como a las gentes que están lejos. Sopla siete veces sobre el muerto, porque la gracia del Espíritu septiforme inflama a los que yacen en la muerte del pecado para la recepción del don divino. Y al instante se levanta vivo, porque aquel a quien la vara del terror no pudo resucitar, el niño vuelve a la vida por el espíritu del amor (IV Reyes IV).

¿Quién, pues, osaría con derecho tomar como ejemplo el ir y venir del profeta, cuando es evidente que no puede igualar ni su poder ni su misterio? Vigile, pues, asiduamente el guerrero de Cristo, preparado para la batalla en la milicia celestial, fortalecido con la coraza de la fe; que

esté siempre listo para luchar por el campamento de su emperador, no sea que la espada enemiga, encontrándolo vagando fuera del campamento, lo aniquile. Mientras Abner estuvo en el campamento de sus conmlitones, fue terrible para las huestes adversarias; pero después de que depuso las armas, pagó la pena por el recién asesinado Asael con la espada de un soldado aún más rudo (II Reyes II). Si a Urías también le hubiera agradado la hospitalidad de su propia casa, sin duda habría escapado a la sentencia de la indignación y el fraude real. Pero como prefirió dormir fuera, en alojamientos ajenos, antes que en su propia alcoba, llevó de vuelta al jefe del campamento que sitiaba la ciudad las cartas que fueron las autoras de su propia muerte (II Reyes XI).

CAPÍTULO XXIX.

Que en este tiempo la predicación no es tan fructuosa como en otro tiempo.

Y ciertamente hubo un tiempo en que el mundo necesitaba de quienes anunciaban las buenas nuevas, pero han pasado y evolucionado aquellos tiempos en los que cualquier religioso podía aconsejar fructuosamente a los seculares y sembrar no inútilmente lo espiritual en la mente de los carnales. Ahora, todos los desdichados consideran las palabras de vida como fábulas, y aunque prestan oídos a las advertencias saludables, sin embargo, se niegan a observarlas. Además, si volvemos los ojos de la fe al pasado, encontramos que la época presente ha degenerado respecto a

la pasada, como ramas fructíferas en sarmientos estériles.

Pues, ¿quién no se maravillaría de que Nínive, ciudad sobremanera espaciosa e incomparable, se convirtiera tan fácilmente de su maldad a la voz de un solo hombre; y que un pueblo innumerable, no solo con sus niños y mujeres, sino también con sus bestias de carga, fuera llamado a la penitencia (Jonás 3)? ¿Quién en este tiempo, no digo ya a la edad débil o al sexo frágil, sino incluso a los mismos hombres, se atrevería a prescribir ayunos de tres días, de modo que no se les permitiera ni beber agua ni probar en absoluto alimento alguno? He aquí que entre los gentiles, hasta las bestias brutas a la voz del profeta se abstuvieron de alimento por tres días; mientras que los hombres mismos, bajo la disciplina evangélica, desprecian ayunar más de un día. Aquellos acuden unánimemente a la penitencia por la predicación de uno solo; estos escuchan incessantemente a multitudes de predicadores, y de ningún modo consienten en obedecer. ¿Quién no se asombraría también de que todos los hombres de Judá y Benjamín, que habían tomado esposas extranjeras, ante la predicación del sacerdote Esdras no solo disolvieron sus uniones ilícitas, sino que también repudiaron a toda la prole que de ellas había nacido (1 Esdras 10)? ¿Quién no sabe cuán grande es el amor de los hombres por sus propias esposas, cuánta piedad por los hijos constriñe el pecho paterno? ¿Quién puede ignorar con qué dolor, con qué amargura, han podido conmoverse las entrañas humanas para disolver

el doble vínculo de esta necesidad? ¿Por qué incendio de vehementísimo dolor fue forzado a arder el afecto paterno, el ánimo conyugal? Sin embargo, teniendo verdadera piedad (*pietas*) para con Dios, redujeron a nada la imagen de una falsa piedad; y para ser verdaderamente piadosos en espíritu, se hicieron laudablemente rígidos contra la carne y la sangre. Se armaron contra las leyes de la naturaleza, para poder militar fielmente para el Autor de las naturalezas. Olvidaron para con sus hijos que habían sido padres, para que ellos mismos fueran inscritos como herederos del verdadero Padre; y para reparar para sí los pactos de la paz celestial, rompieron el vínculo del lecho conyugal. No saben guardar la fe a los matrimonios, donde una fe mejor se reaviva hacia su propio autor. A ellos ciertamente se aplica convenientemente lo que se dice por medio de Moisés: «Quien dijo a su padre y a su madre: No os conozco; y a sus hermanos: Os ignoro, y no conocieron a sus hijos, estos guardaron tu palabra y observaron tu pacto (Deut. 33)».

¿Quién, pregunto, puede ahora rescindir matrimonios incestuosos, por más insistente que sea la predicación? ¿Quién es capaz, no digo de provocar a un pueblo, sino siquiera a un solo hombre a repudiar un matrimonio ilícito? Claman los sagrados cánones, las leyes humanas castigan tan gran crimen, se oponen los predicadores de la Iglesia: y todo esto, para los hombres perdidos, como cuentos de viejas, les mueve más a risa que a compungirlos para lamentar el pecado que debe ser corregido. He aquí que, además,

este año, como sabéis, por el pontífice de la sede romana se ha convocado dos veces un concilio sinodal, donde de nuevo todos los incestuosos, según los decretos de los cánones, han sido privados de la comunión eclesiástica.

Pero, ¿quién de tantos miles de hombres ha visto al menos a uno arrancado de la abominación de una unión infausta? Más aún, para no ser absorbido por el abismo más profundo del que clama con justicia, ¿quién de ellos después de esto ha dejado de frecuentar el umbral de la Iglesia? ¿O quién, además, considerando estas cosas, se ha apartado de la familiaridad con ellos? Y así, el contagio de una lepra letal se arrastra sobre todos, porque, sin duda, el vínculo de la excomunión apostólica ata a todos sus cómplices. En efecto, quienquiera que se distinga por los títulos de un linaje conyugal, quienquiera que sea halagado por la belleza ancestral de una forma maliciosamente seductora, especialmente si abunda en las dotes de una sustancia más amplia, o si la índole de su creciente prole le infunde la esperanza de una posteridad futura; juzga más prudente apartarse manifiestamente de Dios que disgregar el pegamento de un matrimonio tan lucrativo. Pero si sucediera lo contrario, y fuera golpeado por la incomodidad de una calamitosa extravagancia, el hombre mismo teje una falsa línea de consanguinidad, e inventa nombres de antepasados inauditos mediante muchos argumentos, y convoca a ciertos ancianos como testimonio de esta alegación, a quienes, sin embargo, no ignora que han sido apartados de nuestro medio por

el término de sus vidas. Y así, siendo él mismo su acusador y reo, imputa el crimen, exagera la maldad y busca un auxilio con el que pueda salir a nado de tan peligroso naufragio.

Vaya, pues, ahora el monje, abandone el saludable ocio de su vida y consuma su vida bajo la apariencia de ganar almas, persiguiendo vanidades. Pues, ¿qué simoníaco, por instigación de nuestra amonestación, se ha depuesto alguna vez voluntariamente? ¿Qué invasor violento del derecho ajeno ha restituido a los expulsados de su suelo paterno a los patrimonios arrebatados? ¿Quién, rodeado en el campo por bélicas cuñas de hombres armados, si pudo combatir en igualdad de condiciones, regresó a sus lares por el obstáculo de una paz mediadora, si no fue derramando sangre? ¿Qué cobrador ha perdonado a un deudor necesitado el interés fijado en un quirógrafo? ¿Qué deudor ha guardado las leyes de la buena fe para con los herederos de su acreedor? Todas las cosas en el mundo están en confusión, todos los decretos de piedad y fe, trastornados. La justicia es vendida por los jueces. Por los peritos en leyes, la verdad es oscurecida por el tenebroso color de la argumentación sofística. Pues las leyes están en venta, y el dinero justifica a los delincuentes. El oro ahora preside sobre los mismos senadores en los tribunales y juzga, y como un emperador, promulga los edictos de una pragmática sanción. Pues así como un rey en sus aposentos secretos delibera sobre el estado del reino, sobre la suma de las cosas; de algún modo, así el oro yace oculto en secreto y pronuncia su sentencia en público.

Se encierra en un paño estrecho, y, decididos los asuntos, emite los votos judiciales. Pues a menudo, a quienes la causa condena, el dinero mendaz asevera procazmente que son dignos de premio; por el contrario, a quienes la conciencia atestigua como inocentes, los establece impiamente como reos ante los jueces. Ciertamente, la moneda da peso a las leyes y, como falso intérprete, tuerce las sentencias oscuras a su propio entendimiento. La moneda ablanda el corazón de los jueces para con los ricos con el aceite de la impiedad; pero para con los pobres, los impulsa a ejercer el vigor de una rígida censura. Ahora, por tanto, la avaricia, raíz de todos los males, brota más abundantemente y, como las ramas de un vástago venenoso, extiende los portentos de vicios mortales por todo el orbe.

CAPÍTULO XXX.

Que ahora todos los monstruos de los vicios prosperan más ferozmente.

Estos son, en verdad, los tiempos anunciados por el oráculo apostólico, cuando predijo el futuro a Timoteo: 'En los últimos días', dice, 'vendrán tiempos peligrosos, y habrá hombres amantes de sí mismos, avaros, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, malvados, sin afecto, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad, traidores, protervos, hinchados, amantes de los placeres más que de Dios, que tendrán la apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella (II Tim. 3)'; y,

habiendo dicho esto, añade inmediatamente: 'Y a estos, evítalos' (ibid.). ¿Acaso Timoteo iba a llegar hasta el fin de este mundo, para que el Apóstol, tras enumerarle las perversidades de los hombres que habría en los últimos días, añadiera al instante que los evitara? ¿O más bien, en la persona de un solo discípulo, no impuso este mandato en común a aquellos que previó que aún estarían designados para su oficio cerca del fin del mundo? Por lo tanto, cuando no dice: 'Predícales a estos, anúnciales las palabras de vida', sino 'a estos, evítalos', ciertamente condena la insolencia de la temeridad moderna y reprime a los soberbios de una predicación infructuosa.

¿Qué diremos a esto nosotros, los monjes, que excedemos los límites de nuestra medida y nos arrogamos usurpadoramente el derecho de un oficio ajeno? Si Pablo prohibió a un discípulo especialmente constituido para esta misma tarea predicar a los incorregibles, ¿de qué nota de audacia somos presa nosotros, que, sin que se nos haya delegado en modo alguno el oficio de la predicación, nos entrometemos importunamente y, posponiendo nuestra propia salvación, sudamos en vano por los supuestos progresos de otros?

Cese, pues, cese el estéril cuidado de los negocios. Júzguese superfluo entregarse a un trabajo infructuoso. Que la mente, recogida en sí misma con todas sus fuerzas, regrese, y que se ciña vigilante a la lucha contra adversarios infatigables. Que en su interior, ciertamente, abunde en entrañas de caridad para con todos, pero que considere superfluo extenderse a lo exterior por

causa de la salvación ajena. A quienes acudan a ella, que les ofrezca advertencias de salvación; que por exhortación de nadie posponga a la ligera las ganancias de su propia quietud. La página de un edicto imperial es traída por un correo que corre; se nos envían documentos sellados por el autor de la sede apostólica; se congrega un sínodo, se encomienda la suma de todo el concilio a varones religiosos. Que el monje se incline inmediatamente hasta el suelo, que muestre reverentemente honor a las sagradas letras; pero que considere irrevocablemente ajeno a sí el deber de esta expedición, pensando para sus adentros: '¿Qué tengo yo que ver con los reyes de la tierra? ¿Qué tengo yo que ver con una asamblea sinodal?' Básteme insistir en llorar por mis pecados; séame suficiente mostrarme muerto para este mundo.

No queráis, os ruego, monjes, no queráis irrumpir en las cortes de los reyes bajo la apariencia de compasión eclesiástica; no golpeéis los oídos de los príncipes con importunidad fastidiosa, como si sugirierais cosas saludables; creed a quien tiene experiencia, creed a quien no se ha fatigado ligeramente en la búsqueda de esta gracia. Pues a menudo hemos expresado a la majestad imperial lo que parecía necesario sugerir; invitados por los sumos pontífices, hemos asistido a concilios sinodales; pero quien en este tiempo persigue estas cosas, parece como si confiara semillas a las arenosas orillas.

CAPÍTULO XXXI.

Que en un sínodo un monje no se atreve a hablar libremente por temor a la malevolencia de los obispos.

Pues a menudo, estando presentes en los concilios sinodales, hemos visto a ciertos hombres, fatalmente conscientes de su propia culpa, presidir entre el número de los sacerdotes, no solo seguros de sí mismos, sino incluso impudicamente dispuestos a defender los crímenes de otros: quienes, en efecto, según se decía, tanto habían comprado antes con Simón (Hch. 2), como después habían vendido los dones de la gracia con Giezi (4 Re. 5). Su poder era tan grande para excusar las excusas en los pecados, que entre otros males, parecían no solo defensores, sino más bien promotores de la herejía simoníaca. ¿Qué monje se atrevería a musitar palabra ante la malevolencia de estos? ¿Quién osaría reclamar para sí el derecho de libertad para denunciar los crímenes o para declarar la justicia? Inmediatamente se enfurecerían, inmediatamente tomarían contra nosotros las armas de la dura censura y, habiendo iniciado una disputa, impondrían silencio, quejándose entre ellos de este modo: Nos hemos reunido en este concilio para juzgar.

¡Pero, oh, qué nueva presunción! Estamos sometidos a las sentencias de los muertos, y se han convertido en jueces de los obispos quienes legalmente habían sido constituidos bajo sus leyes. A quienes a veces se responde: Venerables Padres y señores, así como a vosotros os ha sido especialmente concedido el juzgar, así también compete a los miembros menores de la Iglesia aportar en común lo que sienten; y ninguna autoridad de los

cánones prohíbe a los más jóvenes proponer lo que consideran que será de provecho para la Iglesia, con tal que los asuntos ventilados deban ser terminados por la cláusula de un juicio pontificio. Por tanto, si alguna vez esto, o algo semejante, se les sugiere con humildad, de ningún modo es admitido con paciencia: sino que todo lo que decimos en el sínodo, para nuestra desgracia, es llamado con el soberbio nombre de "juicio".

He tratado brevemente estas cosas por esta razón, para que cualquier persona inexperta aprenda de mi ejemplo cuán diligentemente le conviene apartarse de tales hombres. En efecto, por uno que va delante se deduce si el ejército que sigue puede confiar con seguridad en un agua desconocida. Los vendedores de mercancías se refrenan inmediatamente del ímpetu de su curso habitual cuando ven que incluso uno de los suyos regresa del mercado con las manos vacías, sin haber vendido sus productos. Aquel a quien una cosecha fallida ha defraudado frecuentemente mientras se dedicaba a las labores del campo, ha disuadido a muchos de cultivar un campo estéril. Cuando el explorador de las olas, frustrado en su labor, trae de vuelta cansado las redes vacías, fácilmente disuade a los que ya no tienen esperanza de explorar los confines del agua pobre. Así, en verdad, baste que yo haya intentado tales cosas, no solo para mí, sino también para todos mis hermanos, para que, al considerarse que el trabajo de uno ha sido inútil, se ofrezca una advertencia no a uno, sino a muchos, contra el gasto de un trabajo superfluo.

CAPÍTULO XXXII.

Que el monje debe apartarse del mundo y anteponer siempre el juicio de Dios a sus ojos.

Por tanto, cualquier monje que se apresure a alcanzar la cumbre de la perfección, que se encierre dentro de los claustros de su retiro y ame el ocio espiritual; que aborrezca el discurrir por el mundo como si se sumergiera en un lago de sangre. Pues el mundo se contamina cada día más y más con la mancha de tantos crímenes, que cualquier mente santa se ensucia con la sola consideración de ello. Y mientras a los viejos crímenes siempre se añaden nuevos, ¿qué otra cosa se hace sino que, sin duda, se allana el camino del Anticristo, para que, viniendo al mundo más allá del fin del siglo, entre libremente sin tropiezo? Y puesto que su camino no es, sin duda, otra cosa que nuestros escándalos, la misma causa que le promete poder caminar con pasos libres debe reprimir nuestros propios pasos.

Reprímase, pues, todo hermano ahora en el estrecho ergástulo de su retiro, para que se le prepare en el cielo una casa de infinita magnitud. Jeremías dice: «¡Oh Israel, qué grande es la casa de Dios, y qué inmenso el lugar de su posesión! ¡Es grande y no tiene fin, es excelso e inmenso!» (Baruch III). Átese ahora con el vínculo del temor divino, para que después obtenga el derecho de la verdadera libertad. Descansando en Cristo, considere que no tiene nada en común con el mundo; para que lo que manda el apóstol Juan, lo guarde no solo en el corazón, sino también en su

mismo cuerpo: «No améis», dice, «al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (I Juan II). Que quede claro que el siervo de Cristo no ama al mundo con ningún afecto del corazón, y para probarlo, que desdeñe frecuentarlo incluso con sus pasos corporales. Además, que esta misma abstinencia corporal compruebe el odio de la mente piadosa, para que cuanto más se aleje uno del nocivo conocimiento del mundo, tanto más estrechamente se una a Dios en familiaridad. Ahora, lloroso y doliente, mantenga los ojos fijos en la tierra, los cuales entonces, gozoso, levantará para ver a Aquel que ha de venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad (Mateo 26), como está escrito: «Mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención» (Lucas XXI).

¡Oh, cuán brevísimas son las palabras para pronunciar, cuán infinita la sentencia para meditarla hasta la médula! A saber, cuando los réprobos, aullando con las entrañas estremecidas, dirán: «¡Oh montes, caed sobre nosotros, y colinas, cubridnos de la faz del que está sentado en el trono!» (Lucas XXIII). Cuando, finalmente, «el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo» (Mateo XXIV). Entonces, ciertamente, cuando todo ojo le verá, y los que le traspasaron, y todas las tribus de la tierra se lamentarán por él. Pero, ¿qué mente humana puede concebir, qué lengua puede explicar cuán grande será entonces el gozo de los elegidos, cuán inenarrable la alegría de los bienaventura-

dos, cuando, peligrosando el mundo, ellos mismos dejen de estar sujetos a peligros y, danzando con lámparas encendidas, corran al encuentro del Esposo inmortal que viene? (Mateo XXV). ¡Cuando los miembros del mundo caen para sufrir los suplicios de la combustión infernal, ellos mismos se levantan felices para recibir los premios de la gloria inaccesible! ¡Cuando la muerte inmortal arrebatada de repente la vida de aquellos, la gloriosa incorrupción consume la mortalidad de estos, absorbida por la virtud de la resurrección! Que la mente santa se proponga incesantemente este singular espectáculo, admirable por todos los siglos. Que pinte ante sus ojos con asidua meditación esta tremenda imagen del juicio venidero. Que el varón elegido se considere ya arrebatado al tribunal del Juez; que se piense ya puesto en examen, formidablemente urgido por preguntas divinas a rendir cuentas. Hágase extraño al mundo, para adherirse familiarmente a Dios con la largueza de una gracia más propicia. De este modo, pues, viva como un muerto; apártese de las vejaciones terrenas y, como ya puesto en un sepulcro, descanse suavemente en el solo deseo de su Creador. Y así, que su vida esté escondida en Dios, para que, cuando aparezca Cristo, él mismo merezca aparecer con Él en gloria (Colosenses III). Amén.

CAPÍTULO XXXIII.

En el que el autor se dirige a los venerables monjes Pedro y Albizón.

Ahora, pues, hermanos carísimos, uno de vosotros pulido modelo de cenobitas, el otro ejemplo a imitar de la vida eremítica, vuelvo a vosotros la punta de este estilo, para que este opúsculo, que a vosotros se dirigió en su comienzo, en vosotros también, una vez concluido, consecuentemente termine. Veis, por tanto, cuán rápidamente transcurre esta breve vida; veis que este mundo proclama su fin cercano con indicios ya evidentiísimos. Pues la tierra, agotada de sus humores genésicos, tolera el arado como a su pesar, al negar el fruto a sus cultivadores; y como un vientre senil, cuando la sangre en el cuerpo se enfría y el útero se marchita, aunque no falte el afán de procrear, no se levanta para engendrar prole. El agua, asimismo, padece esterilidad, de modo que el pescador ya niega el gasto a sus redes, pues la ganancia de una captura pobre no responde a los duros trabajos en el líquido elemento. Y no te pasaré por alto a ti, oh aire en otro tiempo fecundo, que ahora, al no rendir en la captura de aves con los diversos ingenios de las trampas, sin duda envías a los pajareros, frustrados en su vano esfuerzo, al ejercicio rural; y a quienes antes hacías estar atentos a las alturas para capturar tus dones, ahora los haces súbditos de su nodriza, la tierra, para que recuerden a quién deben agradecer el sustento para la vida. Y tú, que entonces, generoso, ordenabas que los manjares más groseros cedieran a tus delicias, ahora, retirando tu mano, haces que viles hortalizas, como si fueran manjares exquisitos, abarroten las mesas de los ricos.

El mundo, por tanto, como se ha dicho, como si ya estuviera cansado por una larga vejez, indica con probabilidad a través de todos sus miembros que no prolongará por mucho tiempo los términos de su curso. A esto se añade que los hombres ahora envejecen en su juventud y, mientras aún florece el decoro juvenil, se cubren la cabeza de canas intempestivas. Sin duda, a aquellos a quienes su propia edad dicta que aún deben verdear con la flor de una belleza inmadura, el viejo mundo, con cierto imperio de violenta autoridad, les ordena aparecer decrepitos junto a él. De donde sucede que, así como los frutos de un árbol hueco caen antes de madurar tan pronto como han brotado, así ciertamente los hombres mueren con un fin amargo, por así decirlo, antes de llegar a la plenitud de la edad.

Así pues, dado que el mundo amenaza con un ocaso inminente y precipitado de su curso, ya ante nuestros ojos, y dado que los hombres también son arrebatados cada día, sorprendidos por una muerte prematura, ¿qué resta sino que en este breve instante en que vivimos, despreciemos todas las cosas perecederas como si ya hubieran perecido, y nos esforcemos por apresurarnos con el pleno deseo de una mente ferviente hacia las que permanecen? He aquí que no se proponen premios leves a los que corren, y el estadio de nuestro camino se acorta cada día. Que ningún obstáculo de la vida presente, por tanto, impida el camino de nuestra carrera; que ningún letargo de la seducción carnal nos teja demoras. Que cada uno dirija ya los ojos de una fe perspicaz hacia

los dones prometidos, y con el ala de una robusta esperanza, trasciende desde las brutales cadenas de la pereza todos los obstáculos contrarios de la maldad terrena. Pues he aquí que Aquel que había llamado desde lejos, ya extiende la mano a los que se acercan; y como a tiernos hijos que vacilan sobre rodillas temblorosas, los afirma, y los invita con dulzura y suavidad al seno de su caridad.

Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gloria (Heb. 4), tomemos las insignias de tan gran piedad; y que sea motivo de pudor no querer recibir lo que se ofrece, cuando habría sido temeridad pedir lo no prometido. Despreciemos ya pisar corporalmente con frecuencia el lodo de este mundo cenagoso, cuyo amor, por inspiración de Dios, hemos aprendido a hollar con el pie libre de la mente. Por tanto, que el mismo paso corporal se reprima de aquello que el alma no ama; consideremos indigno de nuestras frecuentes visitas a quien se regocija de nuestra ruina. Que la misma ausencia corporal testifique las enemistades de la mente, y que no merezca nuestros frecuentes discursos aquel que suele manchar nuestras miradas; y que caiga él solo en los hoyos de sus propias asechanzas, quien asiduamente prepara lazos de engaño para nuestros pasos. Así, así lamente el astuto insidiador las frustradas vigiliass de sus fraudes, mientras explora la senda de nuestra partida nocturna, estando nosotros en paz.

Baste, sin embargo, para nuestro discurso el campo de la divina elocuencia. Por este campo caminemos continuamente, en él paseemos de-

leitosamente. Allí es lícito correr con pasos libres por la planicie llana de las sagradas historias. Podemos también, por la profundidad de la inteligencia mística, trepar en cierto modo la altura de los escarpados montes que allí hay. Allí disfrutaremos de la dulce conversación de amigos fieles; allí, un surtido diverso y un perpetuo banquete de manjares celestiales. Anhelando estos manjares, que el alma fiel, vigorizada por el alimento de la asidua lectura, reciba fuerza, y engordada con la enjundia de la purísima oración, se vuelva pingüe. Déjese el hambre del siglo a los que aborrecen el banquete del mundo. Nosotros, en cambio, hemos aprendido a tener hambre de aquellos manjares que suelen dar saciedad con júbilo a los hambrientos y, sin embargo, no saben generar hastío en los saciados. Estos manjares, ciertamente, llenan suavemente el estómago de nuestra mente y, sin embargo, nada deben a los desagües de las cloacas. Pues no dejan de sí absolutamente nada para la eyección, sino que se difunden por los poros de todas las venas y por lo más íntimo de todas las vísceras para proporcionar fuerzas.

Así pues, que la mente atenta se dedique insaciablemente a estos manjares de la mesa celestial; que el ojo vigile diligentemente sobre ellos; que la lengua recorra las palabras del texto articulado; que el corazón entienda lo que se lee y medite los secretos del misterio latente. Que los santos animales rumien continuamente este pasto mediante el estudio de la asidua reconsideración, para que redunde desde el vientre de la ciencia

a la garganta de la memoria por la meditación a menudo repetida. Estos manjares, digo, que la mente ayuna siempre los apetezca, y de ellos nunca se aparte saciada; sino que cuanto más se llena, tanto más ardientemente se encienda de nuevo su apetito por ellos. Y así ocupemos todos nuestros sentidos en torno a estos manjares vitales, para que, hechos insensibles a todos los negocios de las causas seculares, verdaderamente muertos para el mundo, vivamos solo para Dios; a fin de que el mismo Autor e Instructor de este felicísimo festín se digne adscribirnos a aquellos comensales suyos que merecerán oír de la boca de la Verdad: «Yo dispongo para vosotros, como mi Padre dispuso para mí, un reino, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi reino (Lc. 22)».

Que Dios omnipotente, que es amor (1 Jn. 4), hermanos carísimos, inspire clementemente vuestro santo corazón, para que os dignéis orar siempre por mí, pecador.

ESCOLIOS

Debe concluirse, por tanto, que así como hay que guardarse de aquellos a quienes los concilios modernos de los sínodos apartan de la sociedad eclesiástica, así también hay que apartarse de aquellos a quienes los antiguos Padres decretan que deben ser eliminados. En este lugar, el beato Damián parece hablar según la costumbre de la Iglesia que se observaba en su época. Pues antes del Concilio de Constanza, se prohibía universalmente a los fieles participar con los excomul-

gados, cap. **Cautum est** 11, q. 3, y cap. **Cum desideres**. Y a menudo en otros lugares. Pero en el Concilio de Constanza, por la Constitución de Martín V, que comienza: **Ad evitanda multa scandala**, que también León X confirmó en el Concilio de Letrán, sesión 11, y que refiere Martín de Azpilcueta en su **Summa**, cap. 27, núm. 36, y que todavía menciona Diego de Covarrubias en el cap. **Alma mater**, I par. **Relect.**, párr. 2, se decretó: «Es lícito a los fieles comunicarse con los excomulgados, con dos excepciones, a saber, aquellos que hubieran sido denunciados nominalmente, o los notorios golpeadores de clérigos». Conforme a este decreto, interpretaremos el celo y la sentencia de nuestro doctor.

Bendito sea el nombre del Señor.